



**Actas de las Jornadas de Historia  
sobre el Descubrimiento de América  
Tomo V**

**Jornadas XV, XVI, XVII y XVIII — 2019, 2020, 2021 y 2022  
Casa Martín Alonso Pinzón — Palos de la Frontera**

# Misiones apostólicas de Texas en el Siglo XVIII: Los franciscanos Antonio de Olivares y Alonso Giraldo de Terreros

Diego Roperro-Regidor  
Historiador y Archivero

## 1. Introducción

El extenso territorio que en la actualidad conforma el estado de Texas, con 692.405 Km<sup>2</sup>, situado en la parte meridional del centro de Estados Unidos, es algo mayor del que existía durante el período español. Comparte frontera con México. Los cauces principales son el río Grande, Rojo, Pecos, Nueces, San Antonio, Guadalupe, Colorado (con sus afluentes Llano, San Sabá, Concho y Pedernales), Brazos, Trinidad y Canadian. Texas posee un ecosistema rico y variado, con amplias zonas montañosas (el Trans-Pecos es el sector más alto), grandes llanuras y un litoral con muchos estuarios y bahías. Otro de los aspectos relevantes es su diversidad climática: los veranos son calurosos y húmedos y los inviernos frescos. Las tormentas y huracanes entre los meses de mayo y septiembre suelen causar grandes daños. Las principales ciudades son: Houston, San Antonio, Dallas-Fort Worth, Austin, El Paso, Arlington y Corpus Christi. En contraste con estos grandes núcleos urbanos, existen muchas poblaciones pequeñas y zonas rurales (colonias) que carecen de cierta infraestructura.<sup>1</sup> Esto es lo que la Wikipedia o cualquier libro de texto básico o de viajes nos aporta sobre Texas, un territorio algo más grande que España a la que estuvo vinculado trescientos años y, tras las independencias americanas, a la República de México, con la que compartió destino hasta su anexión a los Estados Unidos.

La etapa colonial se fragua al unísono del avance de la frontera norte novohispana, limes que va dibujando y ampliando extensos territorios en el septentrión de las provincias de Nueva Galicia y Nueva Vizcaya. Desde ellas parte-

---

1. [https://es.m.wikipedia.org/wiki/Geograf%C3%ADa\\_de\\_Texas](https://es.m.wikipedia.org/wiki/Geograf%C3%ADa_de_Texas)

ron varias expediciones hacia Texas, una tierra compleja en lo que respecta a su orografía y, especialmente, a las naciones de aborígenes que la habitaban. A ello añadimos las incursiones y establecimientos de los franceses en la costa y sus relaciones comerciales con sus naturales, lo que suponía, más que un trastorno, un peligro para la integridad territorial que se hallaba bajo la hégira de la corona española. Las cortes de Madrid y México sabían por informes que le llegaban de los expedicionarios que el objetivo a alcanzar por los extranjeros eran las minas, actividad favorita en la frontera. Ante la preocupación de invasión de Texas por los franceses, a comienzos del siglo XVIII comenzó la recuperación y la fundación de nuevas misiones en el este tejano por los religiosos franciscanos que actuaban, en la práctica, como agentes de la Corona.

Dos hitos han marcado la historia de las misiones en Texas: la fundación por fray Antonio de Olivares de la misión de San Antonio de Valero el 1 de mayo de 1718, y la de Santa Cruz junto al río San Sabá para los indios apaches en abril de 1757, establecimiento liderado por fray Alonso Giraldo de Terreros, cuya existencia fue breve y tuvo un final trágico. Ambos religiosos, natural el primero de Moguer, y el segundo de la villa de Cortegana, en la provincia de Huelva, tuvieron una destacada y fructífera actividad dentro de la orden seráfica, especialmente, en todo el entramado organizativo de las misiones del Gran Norte Mexicano.

## 2. Primeros contactos de españoles con Texas

La llegada de Hernán Cortés a México en 1519 y su rápido control, gracias a la ayuda prestada por los tlaxcaltecas y otros pueblos oprimidos por la confederación mixteca, abrió la espita a nuevas exploraciones y al expansionismo estratégico planeado por el metelinense con la anuencia y apoyo de la Corona. Ese mismo año, Alonso Álvarez de Pineda reconoció el golfo de México y avisó la desembocadura del Mississippi, siendo el primero en alcanzar y recorrer la costa de Texas. Casi una década más tarde, en 1527, Álvar Núñez Cabeza de Vaca y otros tres compañeros, componentes de la expedición de Pánfilo de Narváez, se adentraron en Texas, donde permanecieron perdidos varios años. Sólo sobrevivió Cabeza de Vaca, quien fue hecho cautivo por indios mariames, pertenecientes a la nación karankawa. La penosa experiencia tuvo su parte positiva, pues los dieciocho meses que pasó con ellos le sirvió para conocer mu-

chos aspectos relacionados con su cultura e idiosincrasia. El relato *Naufragios y comentarios*, publicado en 1542, es la evidencia palpable de aquel encuentro. Esta obra, más pronto que tarde, lograría una amplia difusión entre los futuros exploradores.

El siguiente en adentrarse en la región de Texas, fue Francisco Vázquez Coronado, en un largo periplo que comenzó en 1540 y se prolongó hasta 1543. En dicho peregrinaje tocó el noreste de Arizona, recorrió el río Grande y entró en Texas, alcanzando Kansas y Oklahoma. Otros, como Hernando de Soto y, tras su muerte, su sucesor Luis de Moscoso, en la exploración que habían emprendido entre 1539 y 1542, llegaron a Texas por el este, hasta el río Trinidad.

Todas estas expediciones arrojaron informes desfavorables sobre los territorios del Norte, pues para desconcierto de sus artífices, no encontraron botín alguno en la Florida, ni riquezas en Texas o en las míticas “Siete Ciudades de Cibola”, que situaron en Nuevo México, ni siquiera la Gran Quivira de Kansas, y nada de oro en California. No obstante, la idea de “El Dorado”, esa leyenda que cegaba a todo mortal “hambriento de oro”, seguía aún vigente en el imaginario<sup>2</sup>. A pesar de las decepciones que todas esas expediciones a los mencionados territorios infligieron en patrocinadores y artífices, los españoles lograron reunir, en el período 1543-1680, mucha información sobre Texas y sus posibilidades de colonización. A ello se sumó el enfrentamiento armado contra las naciones chichimecas (1550-1600), conflicto recurrente que retrasaría la expansión hacia ese vasto y complejo territorio.

La política de “sangre y fuego” que se había seguido contra los chichimecas, fue condenada por los obispos en el Tercer Concilio Mexicano (1585) por considerarla injusta. Eran partidarios de la pacificación de los naturales por medio de la persuasión. Dos años antes, la Corona autorizaba la pacificación de los indios pueblos de Nuevo México, la puerta por donde entrar a la Texas española. Por tanto, a tenor de la disposición de Felipe II (13 de julio de 1573), el término “pacificación”, en vez del de “conquista”, sería el que tomaría carta de naturaleza, destacando, además, la prohibición de esclavizar a los indígenas. El papel de los misioneros franciscanos y, también, jesuitas, fue primordial en las nuevas exploraciones, pues sólo ellos podrían llevarlas a cabo. La preferencia

---

2. Donald E. Chipman, *Texas en la época colonial*. Madrid: Editorial Mapfre, 1992, p. 69.

del programa misionero a partir de 1608, dio un giro sustancial en los intentos de control del Gran Norte novohispano.

La frontera norte de México era un espacio permeable, de límites imprecisos que englobaba varios sistemas geográficos y culturales, en el que interactuaban hombres y mujeres con intereses.<sup>3</sup> Las tierras periféricas, en los confines del imperio, mostraron una resistencia constante a la colonización. Era la frontera un asunto de negociación permanente, y la misión una de las principales instituciones en este contexto, destinada a garantizar la presencia española. Hay distintas visiones sobre la misión: unos autores señalan que se trataba de comunidades destinadas prioritariamente a la conversión religiosa; otros opinan que eran establecimientos destinados a la autosuficiencia alimentaria, producción e intercambio de bienes, y, por supuesto, un espacio urbano destinado a la reducción o sujeción de la población indígena. Definitivamente era todo eso que señala Torre Curiel, además de una maquinaria de aculturación administrada por los religiosos.<sup>4</sup> La misión no fue solo el espacio que ocupaba, fue el instrumento para la enseñanza de la nueva religión y los nuevos modos de vida, una fuente de mano de obra y servicio para unos religiosos que eran considerados como hombres de frontera. Fue una de las instituciones básicas de la acción colonizadora de España sobre cuyo éxito o fracaso no existe consenso.<sup>5</sup>

Los europeos encontraron en Texas numerosos grupos de indios pertenecientes a distintas naciones, concepto aplicado para su identificación y control. La categoría de “nación” cumplía una función de ordenamiento del espacio embutido en la frontera. El avance de la colonización española sobre dichos territorios y la incorporación de los naturales en las diversas modalidades de explotación laboral, requería un trabajo de planificación y clasificación de aquellos grupos que compartían una misma ascendencia, lengua y territorio. Las dos instituciones que contribuyeron a ello fueron, primero la institución de la encomienda, seguida por la misión, entidad religiosa sobre la que orbitó todo

---

3. Sara Orteli, “Guerra y pacificación en las fronteras hispanoamericanas coloniales. La provincia de Nueva Vizcaya en tiempos de los Borbones”, en Salvador Bernabéu Albert (coord.): *El Gran Norte Mexicano: indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*. Sevilla: CSIC, 2009, p. 68.

4. José Refugio de la Torre Curiel, “La frontera misional novohispana a fines del siglo XVIII: Un caso para reflexionar sobre el concepto de misión”, *ibidem*, pp. 286-288.

5. Alfredo Jiménez, *El Gran Norte de México. Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*. Madrid: Editorial Tébar, 2006, pp. 224-229.

el proceso de expansión en el Gran Norte Mexicano.<sup>6</sup> Las naciones indias de Texas –según W. Pool– están formadas por los *coahuiltecos*, en el oeste, que vivían en hábitats permanentes; asociados a éstos estaban los *karankawas*, que compartían el litoral con los *attacapan*; los *apaches-lipanes* llevaban una vida semiagrícola y seminómada, conocían el caballo y eran cazadores. Los españoles consideraban a estos últimos como indios peligrosos, y no tanto los misioneros que los defendieron. Más al norte, merodeaban los *comanches*, eternos enemigos de los apaches. En las grandes llanuras, en el nacimiento de los ríos Trinidad y Brazos, se localizaban los *wichitas*; en la zona central los *tonkawas*, y hacia el este los *caddos* y los *hasinai*, que no eran belicosos y se dedicaban a la caza y la pesca.<sup>7</sup>

### 3. Los franciscanos en Nueva España

El grupo de religiosos franciscanos formado por los “Doce Apóstoles” llegó a Nueva España en 1524. Bernal Díaz del Castillo, cronista de la conquista de México, ya advirtió del interés y entusiasmo de Hernán Cortés por llevar el cristianismo a los nuevos territorios, tarea encomendada a la orden seráfica dada su filiación y afecto; idéntico propósito manifestó el metelinense en sus *Cartas de Relación*. Años antes de la llegada de dicho grupo, los también franciscanos fray Diego Altamirano, pariente de Cortés, natural de Medellín como el conquistador, fue uno de los primeros en pisar aquella tierra junto con fray Pedro Melgarejo.<sup>8</sup>

Los “Doce Apóstoles” llegaron a San Juan de Ulúa y desde este puerto se encaminaron hacia el valle de México. Se trataba de la primera expedición misionera cuya organización abrió las puertas a futuras remesas. En uno de los conventos fundados por los franciscanos, en Huejotzingo, una pintura mural representa arrodillados a estos frailes pioneros venerando la Cruz. En dicha plasmación han quedado inmortalizados e identificados con sus nombres los padres Martín de Valencia, responsable del grupo, Toribio de Benavente (Mo-

6. Christophe Giudicelli, “¿‘Naciones’ de enemigos? La identificación de los indios rebeldes en la Nueva Vizcaya (siglo XVII)”, en Salvador Bernabéu Albert (coord.): *El Gran Norte Mexicano: indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*. Sevilla: CSIC, 2009, pp. 36 y 59-60.

7. William C. Pool, *A Historical Atlas of Texas*. Austin, Texas: The Encino Press, 1975.

8. Esteban Mira Caballos, *Hernán Cortés. Una biografía para el siglo XXI*. Barcelona: Crítica, Editorial Planeta, 2021, p. 102.

tolinia), Francisco de Soto, Juan Juárez, Martín de Jesús, Antonio de Ciudad Rodrigo, Juan Ribas, García de Cisneros, Luis de Fuensalida, Francisco Jiménez y los legos Andrés de Córdoba y Juan de Palos, último religioso que se incorporó a dicha expedición evangelizadora.<sup>9</sup>

A lo largo de todo el siglo XVI, se sucedieron distintas expediciones misioneras a cargo de los Franciscanos Observantes, los cuales ya estaban imbuidos por el espíritu de la reforma que en esta orden mendicante había emprendido el cardenal Cisneros con el objetivo de devolverla al rigor y austeridad originarios. Por tanto, los franciscanos que pasaron a América eran todos ellos Frailes Menores Observantes (OFM). Desde casi todos los conventos de la península salieron los religiosos que engrosaron las expediciones misioneras con un plan preconcebido y bien diseñado por sus superiores con la financiación de la Corona. Que los franciscanos tuvieron un destacado protagonismo en la aculturación de los naturales, es innegable. Ya fuera por razones políticas o estratégicas, ya fuera por el eterno afán de llevar la evangelización y la cultura a los naturales de aquellas lejanas tierras, lo cierto es que las órdenes religiosas, en general, desempeñaron su papel como “agentes” de la Iglesia y de la Corona. La labor de los misioneros trascendió la pura tarea evangelizadora, pues resultaba difícil separar la política del Estado de la Iglesia: la conquista espiritual conllevaba conquistar al indio para la cultura española.<sup>10</sup>

Durante más de doscientos años, las expediciones misioneras que periódicamente se dirigieron al Nuevo Mundo fueron controladas y financiadas desde la Casa de la Contratación, institución sevillana que, desde su fundación en 1503, era competente en todo lo referente a los viajes de exploración, actividades comerciales, pasajeros y las mencionadas expediciones misioneras.

La preocupación de las autoridades españolas y novohispanas por el control de las fronteras, especialmente territorios del Norte más expuestos por las pretensiones de Francia y la amenaza de las naciones indígenas más belicosas, como los apaches y los comanches, se tradujo en planes de contingencia y expediciones militares y misioneras que debían recopilar información y garantizar la seguridad y soberanía de aquella extensa y compleja tierra habitada por

---

9. Diego Roperro-Regidor. *Fray Juan Izquierdo, obispo de Yucatán (1587-1602). Historia y documentos*. Edición revisada y ampliada. Huelva: Universidad Internacional de Andalucía; Ayuntamiento de Palos de la Frontera, 2010, p. 26.

10. Alfredo Jiménez, *op.cit.*, p. 224.

numerosos grupos de indígenas, muchos de ellos enfrentados entre sí, y la no menos importante agresividad de una orografía que los misioneros recorrieron y en donde se instalaron, no siempre con éxito, pues igual que avanzaban con nuevas fundaciones, tuvieron a veces que retroceder y abandonarlas por carecer del apoyo más elemental. Así las cosas, los franciscanos eran conscientes de su papel como “agentes de conversión”, y con ese convencimiento insistieron en expandirse por el Gran Norte Mexicano.

Los primeros contactos de los franciscanos con Texas se produjeron a partir de 1580. Es conocida la leyenda, muy difundida en la época, de las bilocaciones que tuvieron lugar en 1629 de Sor María de Agreda, “La Dama de Azul”, entre los indios jumacos al este de Nuevo México y oeste de Texas. Otros aspectos relacionados con Texas tenían que ver con la actividad imperial y la rivalidad internacional, pues la inestabilidad y falta de seguridad en dichos territorios de frontera ponían en peligro las zonas mineras e, incluso, la mismísima capital de Nueva España, razón más que sopesada para que se procediera a poner en marcha un ambicioso plan de aumento de las misiones en esa zona, en concreto en este de Texas para contrarrestar las aspiraciones de Francia, que ya en 1685 había hecho un primer intento de colonización en la costa del que tuvieron conocimiento las autoridades novohispanas.

#### 4. Las misiones apostólicas de Texas en el siglo XVIII

A partir de 1608, se dio preferencia al programa misionero, autorizando sólo a los frailes a realizar nuevas exploraciones. Los franciscanos tenían muy claro que para atraer a los indígenas debían aplicar una política de pacificación por medio de la persuasión. El programa a seguir se enseñaba en los colegios apostólicos de *Propaganda Fide* que dicha orden fundó en Nueva España con el beneplácito del rey. Las bases para llevar a cabo la fundación de dichos colegios apostólicos quedaron establecidas en el capítulo general celebrado en Toledo en 1633. En dichos centros se preparaban a los futuros misioneros para la conversión, la predicación popular, así como también el ministerio espiritual en las poblaciones donde se localizaban los colegios. Eran institutos destinados a dar una buena formación a los misioneros para que estuvieran curtidos durante el proceso de evangelización de las tribus paganas del norte de México.

Fueron varios los colegios apostólicos de Propaganda Fide que los franciscanos fundaron en Nueva España. El primero de ellos fue el de Santa Cruz de Querétaro, en 1682, donde en algún momento coincidieron los dos religiosos onubenses, fray Antonio de Olivares, ya retirado y muy anciano, fallecido en junio de 1722, y fray Alonso Giraldo de Terreros, un joven que tomaría los hábitos en 1721 en dicho colegio. Extramuros a la ciudad de Puebla de los Ángeles existió un hospicio de misioneros apostólicos bajo la advocación de Nuestra Señora del Refugio que comenzó a funcionar a partir de 1732. Siguiéron otras fundaciones, como la de Cristo Crucificado de Guatemala (1692), Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas (1707), San Francisco de Pachuca (1732), San Fernando de México (1734), y San José de Gracia de Orizaba (1799). Ya en el siglo XIX, fueron fundados otros dos: Nuestra Señora de Zapopan (1816) y el colegio de la Inmaculada Concepción de Cholula (1860).

En Texas fue tardía y escasa la colonización. Las tierras más meridionales del Gran Norte como espacio de frontera fueron perdiendo con el paso del tiempo dicha condición, debido a la combinación de evidencias como la sumisión o extinción de los indios bárbaros, el progresivo asentamiento de la población española, el desarrollo de la minería, la ganadería y la agricultura, y el desarrollo de la urbanización. Los españoles fueron incorporando fronteras cada vez más lejanas, donde se sucedieron incursiones y desplazamientos de indios apaches y comanches a lo largo del siglo XVIII.<sup>11</sup> Se trataba de una frontera de guerra donde los misioneros tuvieron un protagonismo muy destacado. El propósito de éstos era convertir a los indígenas en sujetos de derechos y obligaciones bajo el poder y amparo de la Corona y de la Iglesia con un programa que tuvo que adaptarse o rendirse a las circunstancias.<sup>12</sup>

La ocupación española del este de Texas fue realizada para contrarrestar las aspiraciones de Francia. En las tres últimas décadas del siglo XVII se llevaron a cabo la colonización del río Grande con el correspondiente aumento de las misiones (1680), además de varias expediciones de reconocimiento y ocupación: Fernando del Bosque, a quien acompañó fray Juan Larios (1675); Alonso de León con fray Damián Massanet (1686-1687), que aspiraba a llevar a buen término su plan de ocho misiones que serían sufragadas por la Corona, entre ellas la de *San Francisco de los Tejas*, fundada en 1690. Este mismo año, Do-

---

11. Alfredo Jiménez, *op. cit.*, pp. 80-81.

12. *Ibidem.*, p. 229.

mingo Terán de los Ríos emprendió la colonización permanente de Texas y se fundó la misión del *Santísimo Nombre de María*, y casi una década más tarde, a orillas del río Sabinas, la de *San Juan Bautista*, que no prosperó. El final de siglo se cerraba con acontecimientos de calado que afectaron a la política de los territorios ultramarinos como la ocupación española de Pensacola (1698) y Louisiana por parte de Francia (1699), y el fallecimiento del rey Carlos II (noviembre 1700), suceso que alteró el tablero político en España y América.

Todos los esfuerzos se centraron en el este de Texas, donde las misiones que habían sido fundadas estaban en precario y corrían peligro de abandono, como ocurrió con la de *San Francisco de los Tejas* a los tres años de su fundación. El padre Massanet propuso para conservarlas que se construyeran presidios, más misiones y pueblos. (El presidio era el destacamento militar que se encargaba de la seguridad de los misioneros y de la población congregada en la misión.) Dicho plan se repitió en las futuras fundaciones que se llevaron a cabo. Entre 1714 y 1722, se produjo la ocupación efectiva y permanente de Texas como reacción ante la influencia extranjera, problema que provocaba reacciones encontradas entre las partes en conflicto. Religiosos franciscanos de Querétaro, como fray Antonio Hidalgo, fray Antonio Margil, fray Antonio de Olivares y fray Marcos Guereña, se involucraron desde el primer momento en el proceso de recuperación y la fundación de nuevas misiones. En 1700, se erigieron la misión de *San Juan Bautista*, que había sido reinstalada más cerca del río Grande; la de *San Francisco Solano*, donde se llevaría a cabo la evangelización de los indios coahuiltecos, la cual funcionó hasta 1718, coincidiendo con su traslado al río San Antonio, y la de *San Bernardo*.

El mogueño fray Antonio de Olivares defendía la fundación de misiones al norte del río Grande. En 1709, en la expedición de Pedro de Aguirre, los padres Olivares e Isidro Félix Espinosa partieron de la misión de San Juan Bautista hacia la zona de la futura misión de San Antonio. El propósito de dicha expedición consistía en recabar información estratégica, así como recuperar, siguiendo el parecer de ambos religiosos, las misiones de los indios tejas para lograr frenar a los franceses. En 1716, los franciscanos de los colegios apostólicos de Querétaro y Zacatecas fundaron la nueva misión de *San Francisco de los Tejas*, para indios neches y otras tribus; la *Purísima Concepción*, para indios hasinai; *Nuestra Señora de Guadalupe*, en Nacogdoches; y la de *San José*, para indios nasoni. Este proceso tendría su réplica en otras fundaciones hacia el este de Texas a lo largo de todo el siglo XVIII.

Aunque las misiones continuaban activas, su situación era precaria; necesitaban apoyo y defensa militar. No siempre lograban sus objetivos de reunir a los naturales, pues éstos se mostraban reacios a congregarse. Dicha actitud, además de las acciones belicosas de algunas naciones indias, dificultaron la vida diaria de estos establecimientos y propiciaron en no pocas ocasiones su desaparición. Los puntos estratégicos para la recuperación y el control de Texas se concentraban en los Adaes, zona más al este; la Bahía de Matagorda, clave para la defensa de la costa contra las incursiones de los franceses; y San Antonio, que era la base de descanso y para repostar. Texas era ya considerada la avanzada de choque de la frontera norte de Nueva España. Las fundaciones de nuevas misiones continuaron en las décadas siguientes: *Nuestra Señora de los Dolores* y *San Miguel de Linares de los Adaes* (1717), *San Antonio de Valero* (1718), y *San José y San Miguel de Aguayo* (1720). En 1731, coincidiendo con la llegada de los pobladores canarios, las misiones de la *Purísima Concepción de Acuña*, *San Francisco de la Espada* y *San Juan de Capistrano*, fundadas por los frailes de Querétaro, fueron trasladadas a San Antonio. Al unísono, se fueron instalando varios presidios o guarniciones militares para garantizar la protección de las misiones, los caminos y las poblaciones, contra las incursiones enemigas<sup>13</sup>: uno de ellos junto al río Neches (1717); Nuestra Señora del Pilar (1721); el de los Tejas y Nuestra Señora de Loreto, en el enclave donde estuvo el fuerte francés de San Luis (1722).

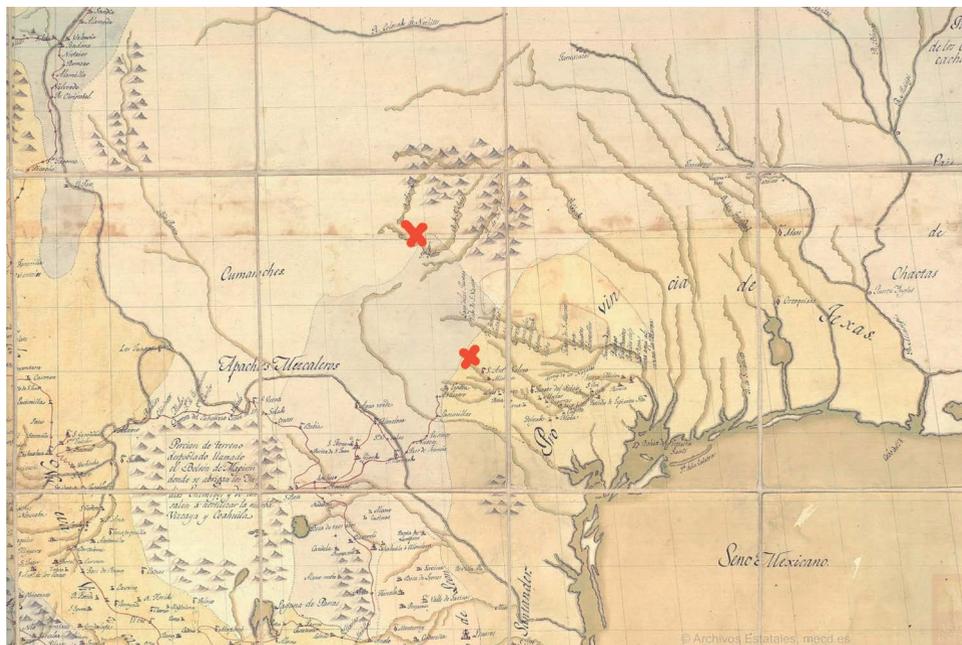
Todos los cambios y avances que se llevaron a cabo en Texas no estuvieron exentos de problemas que dificultaron la estabilidad del Gran Norte Mexicano, destacando las disputas que surgieron entre los antiguos colonos y los canarios recién llegados a San Antonio, los frecuentes ataques de los apaches, los desencuentros entre militares y religiosos por la política a seguir con los indígenas, la criticada actitud de las autoridades por parte de los religiosos ante la falta de efectivos militares, el problema francés y otras amenazas extranjeras, las epidemias periódicas y las misiones que se fueron despoblando o se abandonaron. En el este de Texas las misiones no prosperaron por la actitud de los indios de

---

13. Ya en plena guerra chichimeca (1568-1580), el virrey Martín Enríquez de Almansa incorporó en la frontera el presidio “como instrumento para defender el camino entre México y Zacatecas, además de otros caminos y ciertos lugares estratégicos”. Alfredo Jiménez, *op. cit.*, p. 110.

los Adaes, considerados una causa perdida por su actitud inflexible a la vida civil y la disciplina de las misiones.<sup>14</sup>

Resaltamos, como ya hemos sugerido, que existieron razones políticas a la hora de garantizar la soberanía española de Texas. En el período comprendido entre 1746 a 1762, se produjo una nueva expansión de las misiones hacia el este del río San Gabriel, noreste de San Antonio, río San Sabá, la zona centro y la costa. Tres misiones fueron trasladadas al río San Marcos en 1755: *San Francisco Javier*, fundada en 1746, *San Ildefonso* y *Nuestra Señora de Candelaria*, fundadas en 1749, el mismo año que fue sellada la alianza entre los apaches y los españoles para defenderse de los comanches y sus aliados. Las expediciones emprendidas en 1753-1754 por Juan Galván y Pedro de Rábago y Terán, junto con el coronel Diego Ortiz Parrilla, desde el río Pedernales hasta el de San Sabá,



**Fragmento del mapa de Nueva España para indicar la división del Virreinato de las Provincias Internas, por el ingeniero Miguel Costansó. AGI, MP-México, 346 (Destacadas con aspas en rojo los emplazamientos de las misiones de San Antonio y de San Sabá).**

14. Donald E. Chipman, *op. cit.*, 1992, p. 202.

consistieron en un nuevo reconocimiento del territorio, donde los franciscanos apostólicos de Zacatecas y San Fernando fundaron las misiones de *Nuestra Señora del Rosario de los Cujanes* (1754), y la de *Santa Cruz de San Sabá* (1757), cuya efímera existencia acabó en tragedia. Junto a estas misiones, se establecieron algunos presidios como el de San Francisco Javier de Gagedo y el de San Luis de las Amarillas a escasa distancia de la misión de San Sabá; además de los asentamientos de Nuestra Señora de los Dolores (1750) y Laredo (1755), pensados como muro de contención para garantizar la defensa de la costa contra las incursiones extranjeras y la pacificación de los indios karankawas y otros grupos hostiles.

En la segunda mitad del siglo XVIII, se llevó a cabo la reorganización de la frontera norte de Nueva España, y se produjeron cambios significativos en Texas. Francia transfirió la Louisiana a España (1762). Al año siguiente ambos países firmaron el Tratado de París, quedando los ingleses como únicos enemigos, los cuales ya mostraban cierta influencia y control sobre algunos grupos de indios y tenían la vista puesta en las minas de plata de Nueva España. Hubo intentos infructuosos de reforzar la zona de San Sabá y la Bahía para contener la penetración extranjera, propagar la religión cristiana y proteger a los españoles. En dicho escenario, los apaches lipanos solicitaron la instalación de nuevas misiones al norte del río Nueces, misiones que, como las de San Lorenzo de la Santa Cruz y Nuestra Señora de la Candelaria del Cañón, fundadas en 1762, fueron efímeras. En 1768 fue trasladado también al río Nueces el presidio de San Luis de las Amarillas, que sería abandonado dos años más tarde.

La política exterior de Carlos III, emprendida y reforzada por José de Gálvez y Cayetano Pignatelli, marqués de Rubí, tuvo su repercusión en la frontera norte de México. Este último, que había realizado la inspección de todos los presidios de Nueva España, llegó a la conclusión de que las misiones que se habían fundado eran poco viables, así como el sistema de presidios había sido mal estructurado. La adopción de la actitud francesa de relación con los indígenas aceleró el fin de las misiones. La política seguida en el este de Texas cada vez se parecía más a la francesa en Louisiana donde los comerciantes operaban con licencia y se practicaba el acercamiento con los indígenas por medio de la persuasión. En 1773, la antigua capital de Texas de Los Adaes fue trasladada a San Antonio.

El 22 de agosto de 1776, se produjo una reforma de calado, la creación, a propuesta de José de Gálvez, ministro responsable de la Secretaría de Estado y

del Despacho Universal de Indias, de las Provincias Internas,<sup>15</sup> que en los primeros diez años dependió directamente del rey, pasando luego a la jurisdicción del virrey de Nueva España. Se trataba de una nueva demarcación político-administrativa, militar y económica que incluía a Texas, Coahuila, Nueva Vizcaya, Nuevo México, Sinaloa, Sonora y las dos Californias. Teodoro de Croix fue su primer gobernador y comandante. Con la puesta en marcha de esta novedosa estructura territorial, se produjeron numerosos cambios y ajustes. En 1777, el general De Croix y fray Juan Agustín Morfi inspeccionaron la frontera norte con el fin de implementar acciones encaminadas a propiciar la reorganización y redistribución territorial de los presidios, crear nuevas poblaciones para estimular la colonización del septentrión novohispano, perfeccionar el método de evangelizar e incorporar a los indígenas a la vida social y productiva, así como mejorar el sistema de correos.<sup>16</sup>

Las distintas expediciones de reconocimiento e inspección realizadas en los territorios de la frontera norte de Nueva España aportaron una nueva visión con el fin de mejorar las defensas; no obstante, tras la firma del Tratado de París (1783), entre el Reino Unido y los Estados Unidos, que puso fin a la guerra de independencia de las colonias inglesas, el nuevo orden suscitó una mayor preocupación debido a las actividades angloamericanas e incursiones en Texas. Respecto a las relaciones con los indios apaches lipanos y los comanches, se produjo el fin de las hostilidades durante treinta años. Si bien es cierto que las misiones tenían los días contados, los franciscanos apostólicos de Zacatecas intentaron recuperarlas, mostrando un plan de conversión de los indios karankawas de la costa, llegando a fundar en 1792 la misión de *Nuestra Señora del Refugio*. Un año después, se produjo la secularización de las misiones de San Antonio al haber concluido el proceso de conversión de los naturales allí congregados, y, al siguiente, la de las otras misiones, excepto la de Bahía y la

---

15. Sobre esta temática existe una abundante bibliografía, destacando la obra de Luis Navarro García, *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1964.

16. “Día 22 [de septiembre de 1777], salió el señor comandante [Teodoro de Croix] de Navacoyán, a las ocho de la mañana, y a las nueve entró en la catedral de Durango, donde le esperaba el ilustrísimo señor obispo, que le recibieron con todas las ceremonias que para estos casos previene el ritual.” Juan Agustín Morfi (OFM), *Provincias Internas (Antología)*. Selección, edición, introducción y notas por Guadalupe Curiel. México: Universidad Nacional Autónoma, 2003, pp. XXVIII-XXIX, 141 y ss.

del Refugio, que fue la última fundación franciscana. A finales de esta centuria, había cambiado mucho la situación en las provincias de Ultramar, y Texas seguía siendo uno de los territorios menos poblados de Nueva España, debido a las dificultades de vivir en la frontera, a la presencia de indios hostiles, al pobre y escaso régimen alimenticio, a las epidemias, y a las presiones inamistosas del exterior.

## 5. Las misiones de San Antonio de Valero y Santa Cruz de San Sabá: dos hitos en la historia de Texas

Muchos fueron los franciscanos de los colegios apostólicos de Querétaro, Zacatecas y México que se adentraron en el vasto y hostil territorio de Texas, más allá de los límites del río Grande, por razones bien fundadas que justificaban las distintas expediciones que, desde 1680, se llevaron a cabo motivadas por la crisis en la frontera norte hostigada por las rebeliones indígenas y, también, por la presencia de individuos franceses en la zona, entre Pánuco y Florida. Los religiosos acompañaron a los militares en las distintas expediciones que fueron planificadas con la finalidad de fundar misiones y establecer un cordón que sirviera de muro de contención a las aspiraciones de los extranjeros y contribuyera a la congregación de las naciones indígenas en unos establecimientos dirigidos por los misioneros, los cuales se encargarían de atraerlas al redil de la religión cristiana y al *modus vivendi* europeo.

La labor misionera en Texas supuso un gran desafío para los frailes franciscanos a lo largo del período en que se sucedieron las distintas entradas a la vasta región de los indios tejas.<sup>17</sup> Las primeras misiones que se habían fundado en el este de Texas fueron abandonadas en 1693 por falta de cosechas y alimentos, los efectos de la peste que mermó a la población indígena y la indiferencia de ésta a las prédicas de los religiosos. El padre Massanet, que había acompañado a Terán de los Ríos un año antes en una planificada expedición a dicho territorio, propuso un plan para mantener aquellas misiones, el cual consistía en establecer presidios para la defensa, fundar nuevas misiones en lugares más favorables y congregar a los indios. No obstante, a pesar de la buena disposición

---

17. Guadalupe Curiel Defossé, *Tierra incógnita, tierra de misiones y presidios. El noreste novohispano según Agustín Morfi, 1673-1779*. México: UNAM, Instituto de Investigación Histórica, 2016, p. 26.

de los misioneros y la amenaza francesa en la zona, la idea de poblar Texas se desechó por el momento.

Los franciscanos siguieron insistiendo en la necesidad de fundar nuevas misiones al norte del río Grande. No todas las que se fundaron resistieron mucho tiempo en el mismo sitio; algunas de ellas fueron trasladadas o simplemente desaparecieron. Esa fue la situación que tuvieron que manejar a lo largo de todo el siglo XVIII los responsables directos de la orden seráfica que tenían bajo su influencia todo el este de Texas, al que nunca renunciaron a pesar de las enormes dificultades que tuvieron que afrontar. Los colegios apostólicos jugaron un papel destacado en la formación de estos misioneros y la planificación de las misiones que, en lugares estratégicos, fueron implantadas con el propósito de congregar a los nativos y como antesala de las futuras poblaciones en el septentrión novohispano.

Los misioneros franciscanos eran personas curtidas destinadas a realizar duras tareas; conocían, mejor que nadie, la realidad a la que tenían que enfrentarse en una tierra con muchos peligros que no ignoraban y les acechaban a su paso. La historia de las misiones de Texas es un rosario de acontecimientos agrídulces, unos más exitosos que otros. A lo largo del período colonial español, los misioneros, verdaderos “agentes” de la Corona, fueron los que más arriesgaron en un territorio tan complejo como distante de los centros de poder. Dos hitos destacan: los protagonizados por los franciscanos andaluces fray Antonio de Olivares, nacido en Moguer, fundador de la misión de San Antonio de Valero (El Álamo), junto al río San Antonio, lugar estratégico a mitad de camino entre la ciudad de Querétaro y las misiones del este de Texas, y fray Alonso Giraldo de Terreros, natural de la villa serrana de Cortegana, artífice de la misión de Santa Cruz de San Sabá. La primera, fundada en 1718, sirvió de base de operaciones a la de San Sabá, que el corteganés fundó en 1757, siendo destruida al año siguiente por una horda de indios comanches y sus aliados. Ambos religiosos procedían del Colegio Apostólico de Propaganda Fide de Querétaro.

### 5.1. Fray Antonio de San Buenaventura y Olivares

Desconocemos la fecha exacta del nacimiento del moguerense Antonio de Olivares. La destrucción de los registros parroquiales en la guerra del treinta y seis, nos impide conocer dicho dato, salvo su naturaleza, que sí aparece en la rela-

ción de embarque de este misionero en la expedición comisariada por fray Nicolás de Angulo en 1665. Tampoco hemos podido averiguar el nombre de sus padres, a pesar de la búsqueda exhaustiva emprendida en estos últimos años. Su apellido ya aparece en Moguer en la segunda mitad del siglo XVI, siendo Francisco de Olivares “el viejo”, natural de Granada, el primero en instalarse en la villa del Tinto. La bonanza económica que se vivía entonces en ella, atrajo a otros miembros de la familia, los cuales se dedicaron al comercio como actividad predominante y, más pronto que tarde, arraigaron amasando un sustancioso capital que supieron invertir en la adquisición de bienes.

Otro de los aspectos a destacar de esta familia, se refiere a los distintos cargos que ostentaron en el concejo de Moguer, así como la relación que siempre mantuvieron con el estamento eclesiástico. Cobra especial relevancia el afecto y devoción que mantuvieron los Olivares con la orden de San Francisco a través de los dos conventos que existían: el de la Regular Observancia de Frailes Menores y el de Santa Clara habitado por las clarisas. Los miembros de la familia Olivares, todos o casi todos ellos, eligieron a la hora de testar el hábito seráfico como mortaja. El vínculo con los franciscanos lo detectamos también en la pertenencia a la Orden Tercera de Penitencia de Francisco de Olivares “el mozo”, el mismo que durante cuarenta años ejerció el cargo de mayordomo de la cofradía de Nuestra Señora de la Soledad, sita en el convento de San Francisco, además de llevar las cuentas del patronato que había fundado Teresa de la Torre y disfrutaba dicha cofradía.

A través de las fuentes primarias, hemos podido reconstruir la genealogía de esta familia, de cuya consolidación e influencia a lo largo de los siglos XVII y XVIII da prueba la ingente cantidad de escrituras otorgadas ante notario por sus miembros.<sup>18</sup> Con Francisco de Olivares “el viejo” principia uno de los linajes más respetables e influyentes en la vida local de la época. Sus padres fueron Pedro Fernández de Carmona y María de Olivares<sup>19</sup>, de quien tomó el apellido. Dicho matrimonio tuvo otros tres hijos: Pedro, María e Isabel. La madre de Francisco de Olivares “el viejo” tuvo varios hermanos: Juan de Olivares, es-

---

18. Diego Roperro-Regidor, “Country and family. Fray Antonio de Olivares, founder of San Antonio”, en *San Antonio 300th Anniversary of its Birth*. USA, Monee, IL., Jorge Luis García Ruiz (ed.), 2019, pp. 95-130.

19. Su ancestro Pedro de Córdoba, oriundo de Valdeolivas (Cuenca), había conseguido en 1513 una ejecutoria de nobleza, por la que los Olivares de Córdoba eran considerados hidalgos.

cribano que fue de Granada, y Luis Olivares de Córdoba, que residió también en Moguer, donde falleció.

Francisco Olivares “el viejo” se dedicó al comercio al por mayor, con ramificaciones en el tráfico de Indias que le reportó muy buenos beneficios. Estuvo casado con Clara Hernández, con quien tuvo cinco hijos: Pedro y Francisco de Olivares “el mozo”, Isabel, María y Juana de la Madgalena. Los varones siguieron con los negocios y se esforzaron en aumentar el patrimonio familiar; las féminas optaron, como Juana, por la vida religiosa, profesando como monja de clausura en el convento de Santa Clara de Moguer, como más tarde hicieran varias de sus sobrinas. Los Olivares tenían claro que la riqueza económica otorgaba poder e influencia, y era la vía más eficaz para ascender socialmente. En 1609, Francisco Olivares “el viejo”, que había enviudado, se unió en segundas nupcias con Ana de Grado, con quien tuvo dos hijos, Juan y Magdalena. El capital que aportó a su segundo matrimonio ascendía a tres millones y medio de maravedís, más 300 ducados de la legítima de su primera mujer que pasaría a sus hijos.<sup>20</sup> Los Olivares poseían barcos y también los fletaban a otros dueños para transportar las mercancías al exterior. Las relaciones comerciales de Francisco de Olivares “el viejo”, que luego continuó su hijo homónimo, abarcaban un amplio mercado con una clientela que se hallaba repartida por España, Portugal, Francia, Holanda, y estratégicos puertos americanos.

En Moguer, encontramos también instalados en algún momento a los hijos de Juan de Olivares, el escribano, y María de Torres: Melchor, Gaspar y Baltasar de los Reyes y Olivares, primos hermanos de Francisco de Olivares “el viejo”.<sup>21</sup> En 1595, los dos últimos emigraron a Nueva España (en 1613 seguían residiendo en la ciudad de Puebla de los Ángeles). Luis de Olivares, natural de Granada, como sus hermanos, tío materno de Francisco de Olivares “el viejo”, también estuvo vecindado en Moguer, donde falleció en 1620. Estuvo casado con Luisa de la Hoz con quien tuvo tres hijos: Antonio de Olivares, Mariana<sup>22</sup>

---

20. Testamento de Francisco de Olivares [“el viejo”], Moguer, 22 de octubre de 1622. Archivo Histórico Municipal de Moguer [en adelante AHMMo], Escribanía de Francisco Ramírez, leg. 95, fols. 566v-673r.

21. Información *ad perpetuam rei memoriam* realizada a instancia de Melchor de los Reyes y Olivares, natural de la ciudad de Granada y estante en la villa de Moguer, sobre el linaje de los Olivares, con interrogatorio de testigos (Luis de Olivares de Córdoba y Francisco de Olivares, mercader). Moguer, 16-17 de diciembre de 1613. AHMMo. Indiferente, 5/11.

22. El matrimonio de Mariana de Olivares fue concertado con Juan de León Ayala, vecino de la ciudad de Granada, a quien su hermano Antonio de Olivares se obligó a pagar los 300 ducados de la

e Isabel. Tenían su casa en la calle de la plaza que va a la iglesia con salida trase-ra al Diezmo. De Antonio de Olivares de Córdoba, como es nombrado en las escrituras que otorgó entre 1613 y 1631, sabemos que era también mercader como su padre, tíos y demás parientes que se instalaron en la localidad del Tinto. En julio de 1622 ya estaba residiendo en la ciudad de Granada.

En Moguer, donde seguían viviendo su madre, Luisa de la Hoz, ya viuda, y sus hermanas, lo encontramos de visita en períodos intermitentes en los años sucesivos, estadias que aprovechó para atender asuntos pendientes relacionados con sus negocios y el patrimonio familiar. Ninguna de las escrituras que otorgó hace referencia a su estado civil, al menos hasta 1618, en que suponemos seguía soltero, con algo más de veinticinco años, aún bajo la patria potestad de su padre. En 1631, estando en Moguer, fue apoderado por su pariente Pedro de Olivares para que llevara sus pleitos y lo representara ante la Chancillería de Granada, y es probable que ya entonces estuviera casado. Sobre si se trata del padre de fray Antonio de Olivares, no lo podemos afirmar con plena certeza, pero podría serlo. Otros posibles progenitores serían las hermanas de Antonio de Olivares de Córdoba, Mariana o Isabel; Juan de Olivares y Magdalena de Olivares, hijos de Francisco de Olivares “el viejo” y Ana de Grado; los hermanos Francisco y Pedro de Olivares Carmona, hijos de Pedro de Olivares de Córdoba e Isabel Ximénez; Isabel de Olivares, que estuvo casada con Francisco Paz Melgarejo, o María de Olivares, esposa de Diego Carrillo, hijas ambas de María de Olivares, hija de Francisco de Olivares “el viejo”, mujer de Francisco de Medina. No obstante, el nombre de pila puede sugerirnos la paternidad del fraile, pues en ningún otro individuo de esta familia aparece en todo el siglo XVII, a excepción de Antonio Olivares de Córdoba. Según la edad que en 1665 se le adjudica a fray Antonio de Olivares, puede que su natalicio se produjera hacia 1630, fecha en la que aún su hipotético progenitor seguía teniendo una estrecha relación familiar y un patrimonio que atender en Moguer. Dicho todo lo anterior, y a pesar de las lagunas existentes, de lo que no tenemos duda es que fray Antonio de Olivares pertenece a este linaje.

Los Olivares eran una familia extensa y bien cohesionada, social y económicamente, que se acomodó y logró un estatus elevado en la ciudad de Moguer. La unión marital de dos de las hijas de Francisco de Olivares “el mozo” con los

---

dote. Poder de Luisa de la Hoz e Isabel de Olivares, su hija, a Antonio de Olivares de Córdoba. Moguer, 13 de diciembre de 1623. AHMMo. Escribanía de Francisco Enriquez, leg. 83, fols. 351 r. y v.

Gupil de Herrera, otra de las familias potentadas e influyentes de Moguer y la comarca, dio más brío y poderío económico a esta parentela: Ana de Olivares y Grado se casó con Juan Gupil, y María de Olivares y Grado lo hizo con un hermano, Melchor Gupil de Herrera, hijos ambos del capitán Juan Gupil, un mercader francés naturalizado en España, que llegó a ser alguacil del Santo Oficio, alférez mayor y alcalde ordinario del concejo de Moguer, donde estuvo avecindado, además de gobernador y justicia mayor de las villas de Palos y Villalba del Alcor. Las dotes en dinero y propiedades que pagó tanto por ellas dos, como por las otras tres hermanas que ingresaron en el convento de Santa Clara, fueron cuantiosas. Los Olivares y los Gupil de Herrera convivieron y compartieron pautas endogámicas, siendo frecuente entre ellos los casamientos en segundas nupcias cuando les sorprendía la viudedad.

Suponemos que Antonio de Olivares profesaría en la Orden de los Frailes Menores de la Observancia Franciscana a una edad temprana, como solía ser costumbre, ordenándose sacerdote en torno a los veinticinco años, después de cumplir el período de formación tutelado por un maestro. No tenemos constancia en el convento que lo hizo, aunque es probable, dado el estrecho vínculo de su familia, que lo hiciera en el de Moguer, extremo que no podemos confirmar por la ausencia de una fuente fidedigna que lo corrobore. La movilidad periódica de los religiosos por distintas casas respondía a las exigencias de la regla. Todo estaba normalizado en la vida de las comunidades religiosas, incluso los períodos de mandato de sus superiores y la permanencia de éstos y del resto de los religiosos en un mismo convento.

Fray Antonio de Olivares, de pelo negro y nariz afilada, fue reclutado a la edad de treinta y cinco años por fray Nicolás de Angulo con otros veintidós religiosos cuyo destino sería la provincia mexicana de Nueva Galicia.<sup>23</sup> Las gestiones se demoraron más de dos años. La Casa de la Contratación de Indias, con sede en Sevilla, otorgó finalmente la licencia el 23 de junio de 1665.<sup>24</sup> El

---

23. La selección, coordinación y vigilancia de los frailes corría a cargo de un comisario nombrado por su provincia, quien era el portador y responsable del dinero que la Corona asignaba a cada religioso. A principios del siglo XVII, cada misionero que pasó a Indias recibió 20 ducados por el pasaje además de otros 26 por cada tonelada de vestuario y libros. Dichas cantidades variaban según las distancias de destino; no obstante, el cálculo de los gastos de cada expedición se hacía desde el puerto de salida en Sevilla hasta su arribo a Veracruz. AGI, Contratación, 5538, lib. II, año 1607.

24. Licencia de embarque otorgada a fray Nicolás de Angulo para pasar a Nueva Galicia con veintidós religiosos (Sevilla, 23 de junio de 1665). AGI, Contratación, 5539, lib. 3, fols. 176r-178r. Nom-

coste, tanto de los pasajes como del flete de todos los religiosos, fue previamente ajustado por los oficiales de la Casa, que corrió con los gastos, y el dueño de la nao, Diego del Barrio. El pago de los 1.101 ducados de plata se haría en el puerto de Veracruz directamente al señor de la nao o al maestre. Desglosado el dinero que costó dicha expedición misionera, 460 ducados cubrirían el flete y 368 por cuatro cámaras y tres quintas partes de otra “*en que dichos religiosos vayan decentemente acomodados*”. Cada cámara, de dieciocho por ocho pies, tenía un valor de 80 ducados. A ello se sumaban los 373 ducados restantes por diez toneladas y media de libros y vestuario, a razón de 26 ducados cada una. Ulтимados los preparativos, los religiosos zarparon en la nao “San Hermenegildo”, del maestre Juan de Meneses, una de las naves que iba en la flota del general José Centeno Ordóñez.

Los navíos de esta flota fueron inspeccionados antes de su partida para las indias en la ciudad de Sanlúcar de Barrameda por Garcilaso de la Vega, caballero del hábito de Santiago, teniente de alcaide, guarda mayor y juez oficial de la Casa de la Contratación, que era el funcionario responsable de registrar en la lista de pasajeros a los religiosos y las otras personas que viajaban tanto en ésta como en las demás flotas con destino a las Indias. Cada año salían dos flotas: una se dirigía a Veracruz, en Nueva España, y la otra tocaba en Cartagena de Indias, Nombre de Dios y Portobelo, en Panamá, donde se descargaban las mercancías que transportaban. En las Canarias, las flotas se demoraban algunos días para hacer aguada. La travesía llegaba a durar hasta dos meses y medio debido a la carga, pero en condiciones normales y con los vientos alisios soplando de popa, no superaba las tres semanas. Antes de regresar al puerto de Sevilla<sup>25</sup>, las flotas se reunían en La Habana para preparar el tornaviaje.

---

bres y naturaleza: fray Nicolás de Angulo, comisario de la expedición (México), fray Carlos de Salazar (Trujillo), fray Juan Gutiérrez (San Martín de Castañal), fray Alonso de Cabrera (Ciudad Real), fray Felipe Montes (Valencia), fray Alonso de la Cueva (Carmona), fray Alonso de la Vega (Morón), fray Martín del Pozo (Marchena), fray Antonio de Aguilar (Sanlúcar de Barrameda), fray Francisco Caro (Carmona), **fray Antonio de Olivares** (Moguer), fray Francisco Rangel (Cáceres), fray Diego de Mora (Badajoz), fray Lucas Guillén (Algarrobillas), fray Esteban Martínez (Salvatierra), fray Juan de los Reyes (Badajoz), fray Antonio de Rueda (Marchena), todos ellos sacerdotes. Completan el grupo fray Pedro Ojalvo (Cáceres), fray Juan Guerra (Carmona), fray Juan Mesta, los tres diáconos; fray José de la Cueva (Carmona), subdiácono; y los legos fray Antonio de Santiago (Sevilla) y fray Juan Barrero (La Puebla).

25. A partir de 1679, las flotas empezaron a salir de Cádiz.

La edad media de estos religiosos no sobrepasaba los treinta y años. De los veintidós que componían la expedición, dieciséis eran sacerdotes, tres diáconos, un subdiácono y dos legos. Fueron reclutados en distintos conventos, como se venía haciendo desde antiguo. El destino les exigía entrega, una formación acorde con la nueva realidad y un buen estado físico para afrontar los retos de la expansión misionera en el septentrión novohispano. Nueva Galicia era un extenso territorio emergente que reclamaba misioneros para adoctrinar a los indígenas (en 1650, esta provincia contaba con treinta y siete conventos franciscanos, el de Guadalajara era el más importante). Algunas de las doctrinas que los franciscanos regentaron fueron pasando paulatinamente al clero secular provocando serios conflictos. La relación que éstos mantuvieron con las otras órdenes no siempre fue pacífica debido a la rivalidad existente entre ellas. No obstante, la orden franciscana mantuvo una fructífera influencia y un sólido reconocimiento por parte de la sociedad novohispana y, especialmente, de la Corona.<sup>26</sup>

Desde la llegada de fray Antonio de Olivares a Nueva España en 1665 hasta su fallecimiento en 1722, se le conocía indistintamente sólo por su apellido paterno, además del elegido en religión, firmando en ocasiones como fray Antonio de San Buenaventura y Olivares. Los primeros años que pasó en Nueva Galicia, entre los conventos de Querétaro y Zacatecas, fueron cruciales en lo que respecta a su formación como misionero, cuya capacidad de comunicación conllevaría igualmente conocimiento en algunas de las lenguas de las naciones de la frontera norte, desde el río Grande a las laderas del Mississippi, con población indígena compleja y heterogénea, aunque no descartó la ayuda de lenguas (intérpretes). Ya a finales del siglo XVI, los franciscanos dominaban los difíciles idiomas de las naciones chichimecas y comenzaban a comportarse como agentes mucho más eficaces de conversión y pacificación.<sup>27</sup> A partir de la fundación de los colegios apostólicos de Propaganda Fide, centros donde los religiosos aprendían el método para fundar nuevas misiones, el modo y estilo de construirlas, y el método más eficaz y persuasivo de enseñar la Doctrina y atraer a los indígenas, la actividad evangelizadora creció exponencialmente. El primero de estos colegios fue el de Santa Cruz de Querétaro, fundado en 1683

---

26. Tania Yoselin Rosales Covarrubias, “Los franciscanos y seculares en la Nueva Galicia, siglo XVII”, en *Vuelo libre*, Revista de Historia de la Universidad de Guadalajara. México: Universidad de Guadalajara, 2007, n° 2, p. 50.

27. Donald E. Chipman, *Texas en la época colonial*. Madrid: Editorial Mapfre, 1992, pp. 77 y 78.

por fray Antonio de Linaz, con quien coincidió el moguereno. Los frailes de este colegio apostólico, del que el padre Olivares había sido guardián en varias ocasiones, vestían hábito de lana de color azul pardo, por su vínculo y defensa del dogma de la Inmaculada, y los de Zacatecas, fundado en 1706, optaron por el color gris pardo para diferenciarse de sus hermanos queretanos.

En los colegios de Propaganda Fide de Querétaro y Zacatecas se prepararon distintas expediciones misioneras a Texas, un territorio que nunca fue abandonado del todo y seguía teniendo interés estratégico para España. A lo largo del siglo XVII, pequeños grupos de misioneros, motivados por su fe, se adentraron en dichas tierras con el propósito de convertir a sus naturales, al contrario que otros individuos más motivados por las minas de plata. Fray Antonio de Olivares era –según comenta fray Isidro Félix de Espinosa– un religioso muy experimentado en las conversiones, pues había sido misionero muchos años en la provincia de Zacatecas.<sup>28</sup> Participó en distintas expediciones a Texas: en 1675, con fray Francisco Hidalgo y fray Juan Larios, acompañó a Fernando del Bosque que tenía el encargo de reconocer el territorio y comprobar las posibilidades de asentamiento más allá de los límites del río Grande.

Las rebeliones indígenas y las incursiones de franceses en la zona, entre Pánuco y la Florida, donde habían establecido una colonia, la cual socavaba la soberanía española, precipitaron otras expediciones militares con el firme objetivo de contrarrestar ambas ofensivas y asegurar la frontera norte: Alonso de León (1689-1690), Domingo de Terán de los Ríos (1691-1692), Domingo Ramón (1716), Martín de Alarcón (1717-1720), y el marqués de San Miguel de Aguayo (1720-1722). Se establecieron guarniciones militares (presidios) y se fundaron nuevas misiones en lugares favorables, al norte del río Grande, para congrega a los nativos. Las primeras misiones que habían sido fundadas con anterioridad en el este de Texas fueron abandonadas por falta de alimentos, las enfermedades y la indiferencia de los indígenas. Pero, a pesar de ello, el padre Massanet apostó por nuevas misiones, las cuales tenían que estar establecidas cerca de los presidios para garantizar su seguridad.

El 1 de enero de 1700, fray Antonio de Olivares, fray Marcos de Guereña y fray Francisco Hidalgo fundaron las misiones de San Bernardo y San Juan Bautista junto al río Sabinas. La primera no prosperó. El moguereno, que ha-

---

28. Isidro Félix de Espinosa (OFM), *Crónica Apostólica y Seráfica de todos los Colegios de Propaganda Fide de esta Nueva España de Misioneros Observantes* [...]. México: 1746, p. 462.

bía permanecido con ellos algún tiempo, se adentró en Texas, alcanzando el río Frío, a unas treinta leguas del río Grande, donde encontró indios mansos de distintas naciones. Con el beneplácito del obispo de Guadalajara, el padre Olivares, que conocía muy bien aquellas tierras, “como testigo ocular”<sup>29</sup>, acudió ante el virrey, conde de Moctezuma, para informarle de la necesidad de contar con un presidio para garantizar la reducción de los indios y la seguridad de los religiosos que estaban en la misión de San Juan Bautista, petición que autorizó. El mismo año, fray Antonio de Olivares fundó la misión de San Francisco Solano con indios jarames, siabanes y payoguanes, siendo trasladada tres años más tarde al valle de San Ildefonso. En todos estos establecimientos, regidos por los misioneros, fueron roturadas tierras para la labranza, se sacaron acequias para el riego y se enseñó a los nativos a criar ganado en comunidad.

En 1706, fray Antonio de Olivares fue nombrado por segunda vez guardián del Colegio Apostólico de Querétaro por un período de tres años. Al año siguiente, se produjo una epidemia de viruela en la zona de Guanajuato que afectó especialmente a la población indígena<sup>30</sup>; a dicha situación epidemiológica se sumaba la inquietud que provocaba entre los religiosos los indios fugados, quedando la misión de San Juan Bautista casi sin actividad a excepción de que un sacerdote la visitaba para decir misa y bautizar, al mismo tiempo que atendía el presidio de los españoles. En la misión de San Francisco Solano, a orillas del río Grande, permaneció un hermano donado con el encargo de impartir la Doctrina y atender al sustento de los indios. Poco a poco los indios fugitivos fueron regresando a la misión.

En 1709, finalizado el trienio de guardianía, el padre Olivares en compañía de fray Isidro de Espinosa, escoltados por el capitán Pedro de Aguirre, exploraron el territorio donde se encuentra la ciudad de San Antonio, y desde allí pasaron a la región de los indios tejas o asinai, cuyas tribus se localizaban al este del cauce medio del río Colorado, con la intención de averiguar si los llanos del río Trinidad estaban sembrados, pero al no encontrar indios y ante la falta de provisiones decidieron regresar al río Grande. La situación de precariedad de las misiones de Texas aconsejaba su abandono, extremo que el padre Olivares no compartía a pesar de las dificultades y los escasos recursos con que contaban.

---

29. Espinosa, *op. cit.*, cap. XXI.

30. Josefina Muriel, *Hospitales de la Nueva España. Tomo II: Fundaciones de los siglos XVII y XVIII*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, cap. XXIII, p. 284.

Por aquel entonces ya era un anciano, estaba algo calvo y mostraba un cerquillo cano, aunque mantenía una buena complexión.

A su regreso de la región de los indios tejas, en noviembre de este mismo año, viajó a España en calidad de procurador de los Colegios Apostólicos de la Regular Observancia de San Francisco en la Nueva España con el encargo de recabar apoyo de las autoridades para las nuevas misiones que pretendían fundar en el este de Texas. Otro de los encargos que llevaba de los franciscanos de Querétaro, tenía que ver con la pretensión de éstos de erigir un colegio apostólico en las afueras de la ciudad de Los Ángeles, proyecto que se demoraría en el tiempo. Con informes de su orden y del virrey duque de Alburquerque, el padre Olivares zarpó del puerto de Veracruz en la flota del general Andrés de Pez con destino a Cádiz, adonde arribó en mayo de 1710. Durante su estancia en Madrid, sede del Consejo de Indias, se ocupó de los asuntos encomendados referidos a las nuevas misiones que su orden pretendía fundar en Texas.

En España permaneció hasta el mes de julio de 1711. Desde su llegada a la península, comisionado por su orden para tratar sobre las nuevas misiones que pretendía ésta fundar en Texas, tuvo que pasar obligatoriamente por la casa grande de San Francisco de la capital hispalense y, casi seguro, por Moguer, donde visitaría a sus parientes. Es sólo una suposición; no obstante, sería lo que le exigía su ánimo después de tantos años ausentes de su patria chica. Una real cédula expedida el 31 de agosto de 1710, dirigida a los oficiales de la Casa de la Contratación, le concedió a fray Antonio de Olivares veinte religiosos y la licencia para pasar a las Indias, permitiéndole hacer dicho viaje y regresar a su convento de Querétaro. El 18 de julio de 1711, le fue expedido el despacho de embarque y el pasaje. En Sevilla, aguardó la salida de la flota de Barlovento, comandada por Andrés de Arriola, que le llevaría de regreso a Nueva España, la cual zarpó de Cádiz el 3 de agosto, llegando a Veracruz el 5 de octubre.<sup>31</sup>

De nuevo encontramos al padre Olivares en Texas en 1716, atento a las seis misiones que se habían fundado en la región de los Adaes, al este del río Colorado, las cuales se hallaban muy expuestas y con peligro de desaparición, situación de la que era consciente el mogueño, quien, con fundamento y “como muy experimentado en las conversiones”, concibió la idea de fundar otras mi-

---

31. Información y licencia de pasajero a Indias de Antonio de San Buenaventura y Olivares, predicador apostólico y misionero del Colegio de Santa Cruz de Querétaro, fraile franciscano, a Michoacán, 18 de julio de 1711. AGI, Contratación, 5466, N.1, R.9.

siones a orillas del río San Antonio, con todo lo necesario para su mantenimiento y su población. Dicho plan obtuvo la aprobación del virrey, preocupado por los problemas que ocasionaban los franceses y el comercio de sus géneros en aquellas tierras, facultando a fray Antonio de Olivares y fray Francisco Hidalgo, con una compañía de veinticinco soldados, a llevarlo a la práctica. El padre Olivares envió dos informes<sup>32</sup> al virrey: el primero, el más extenso, hace una descripción de la región, de los recursos naturales y las naciones indígenas que poblaban la provincia de Texas o Asinai, así como sus costumbres y las posibilidades de reducirlos bajo el patrocinio de los misioneros franciscanos.<sup>33</sup>

En el segundo informe, el padre Olivares se centra en la fundación de la misión de San Antonio de Padua.<sup>34</sup> El misionero moguerense había expuesto su plan al virrey marqués de Valero, recién llegado a México, quien persuadido y consciente de la importancia que esa nueva fundación tenía como acicate para reforzar la soberanía del territorio, apoyó sin ambages la creación de nuevos asentamientos cerca del río San Antonio para con ello evitar que las misiones del este se perdieran. Una vez establecida la misión, se procedería a levantar el presidio para el destacamento militar que se encargaría de la seguridad de la misión y la villa que también había sido planeada en el mismo emplazamiento. El indiscutible protagonismo de fray Antonio de Olivares en todo este proceso, se explica porque era el misionero más hábil del momento; había participado en una expedición más allá del río Grande y estaba familiarizado con el territorio y los indios que allí vivían; y, sobre todo, porque tenía un plan, cuyo objetivo consistía en lograr el bienestar de las misiones de Texas.<sup>35</sup>

El liderazgo de la expedición recayó en el capitán Martín de Alarcón, quien se encargó de recabar información sobre la situación de la frontera norte y asegurar la Bahía del Espíritu Santo para evitar la ocupación francesa; mientras que el padre Olivares se ocuparía en la fundación de la misión. A finales de 1716, abandonó la capital mexicana y regresó a su Colegio Apostólico de Que-

---

32. Copias en *Documentos para la Historia Eclesiástica y Civil de la Provincia de Texas*, libro primero, tomo XXVII, autenticadas por fray Francisco García Figueroa, México, 17 de septiembre de 1792. Biblioteca del Ministerio de Hacienda, Madrid, España. Sign. FA-975.

33. *Ibidem*, fols. 193 v.-196 v.

34. *Ibidem*, fols. 196 v.-199 r.

35. Francisco Céliz (OFM), *Diary of the Alarcon. Expedition into Texas, 1718-1719*. (Traducción al inglés del texto original en castellano por Fritz Leo Hoffmann). Los Ángeles: The Quivira Society, 1935, intr., p. 15.

réтары decidido a cumplir con el objetivo más importante de su carrera como misionero: la fundación de la misión de San Antonio de Valero, patronímico por el que se la conocerá a modo de homenaje al virrey que la hizo posible. Su intención “como fundador y misionero en ella”, consistía en trasladar a los indios jarames de la misión de San Francisco Solano a la nueva misión junto al río San Antonio, y aprovechar los conocimientos que éstos habían adquirido en labrar la tierra, y los transmitieran a otros indios coahuiltecos que el padre Olivares iría reuniendo en su misión. En la zona –según cálculos del mogueño– habitaban unos 4000 individuos. Sin atisbo de improvisación, dispuso

En el año del S<sup>o</sup> de Mill Setecientos y diez y  
ocho, día primero de Mayo Sembrado esta Misión  
por la indioja de Agua que tenía en el Puerto de  
San Joseph, al de S<sup>o</sup> Antonio de Valero, por orden  
del Ex<sup>o</sup>mo S<sup>o</sup> Marqués de Valero Virrey de esta  
Nueva España de Virrey del R. P. Fray  
Antonio de San Buenaventura y Olivares, y de  
el Sargento Mayor D. Martín de Itasca con S.  
de las Indias del Reino de las Menas Philipinas  
las acciones de dicho pueblo que se empezó  
de de las acciones del Mangens y por ser ay.  
se figura como ministro de esta plaza. En día  
de un mes i año que se figura la administraci.  
on de los sacramentos que han ala vuelta

Traslado de la Misión de San Francisco Solano a la de San Antonio de Valero, fundada y al cuidado de fray Antonio de San Buenaventura y Olivares. En 1 de mayo de 1718. Libro de Bautismos de San Antonio de Valero, 1703-1783. Archivo del Arzobispado de la ciudad de San Antonio (Texas).

todo lo necesario: objetos de culto y enseres para la iglesia, provisiones para él y sus compañeros, productos de higiene, herramientas, menaje de cocina y regalos para los indios.<sup>36</sup>

El lugar elegido para la misión de San Antonio se encontraba a medio camino entre las misiones del este de Texas y Querétaro; a unas veinticinco leguas (120,70 kilómetros) de la Bahía del Espíritu Santo, y confinada por el norte con los apaches, enemigos de otras tribus y de los misioneros. Para garantizar la seguridad durante el agrupamiento de las naciones indias, el padre Olivares solicitó diez soldados de resguardo. En 1717, mientras permanecía en la misión de San Juan Bautista preparando su plan misionero, pidió una escolta militar al comandante Ramón que se la negó con el argumento de que la guarnición se hallaba muy mermada. El capitán Martín de Alarcón se demoró varios meses, provocando la inquietud del padre Olivares, a quien Chipman tilda de “irascible y pomposo”.<sup>37</sup> El 9 de abril de 1718, Alarcón con setenta y dos personas, incluidas siete familias, y una surtida ganadería compuesta de ovejas, cabras, gallinas, mulas y quinientos cuarenta y ocho caballos, cruzaron el río Grande.<sup>38</sup> La relación de Olivares con Alarcón no era buena, hasta el punto de que el moiguereño se negó a viajar con el militar, a quien echó en cara la mala calidad de los soldados. Llegaron al río San Antonio por separado; Alarcón el 25 de abril, y el padre Olivares, con una pequeña escolta, el 1 de mayo, fecha en que tuvo lugar la fundación de la misión de San Antonio de Valero, que en sus comienzos fue una choza provisional de barro y paja ubicada junto al arroyo de San Pedro con tres o cuatro indios que el religioso había criado.

Fray Antonio de Olivares fue el verdadero padre de la idea<sup>39</sup>, que se encargó de formalizar el acto que justificaba la estrategia de recuperación de las posesiones orientales de Texas con una serie de medidas destinadas a reagrupar las naciones indias en la nueva misión de San Antonio y otras tantas que estaban previstas. Cuatro días más tarde, Martín de Alarcón estableció el presidio y la villa de San Antonio de Béjar, la cual tendría carácter militar debido a las disputas en la frontera y las hostilidades de los indios. La colonia de españoles a orillas

---

36. Carta de fray Antonio de Olivares al virrey sobre la misión de San Antonio, s.f. [1716].

37. Chipman, *op. cit.*, p. 163.

38. Francisco Céliz, *Diario de Alarcón*, *op. cit.*

39. María Esther Domínguez, *San Antonio, Tejas, en la época colonial (1718-1821)*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1989, p. 70

del río San Antonio con treinta familias se demoró hasta 1731, el año en que llegaron las cincuenta y seis personas que integraban las diez familias canarias. Tras su llegada, se marcaron los límites de la villa de San Fernando, quedando el presidio de San Antonio de Béjar al este, y se midieron los ejidos, las tierras comunales y los propios del nuevo cabildo.

La fundación de la misión de San Antonio de Valero y los repartimientos se hicieron de acuerdo con las Leyes de Indias. En los primeros años de vida, esta misión no tenía más de cuatrocientas personas, entre indígenas, militares, eclesiásticos y civiles. De la ubicación original, fue trasladada al poco tiempo a la otra margen del río San Antonio “por ser más a propósito el parage”, y allí permaneció con “muchos aumentos, y con el agua que sacó del río se mantiene el pueblo con abundancia de indios muy domésticos y sujetos”.<sup>40</sup> La nueva misión se convertiría en un enclave estratégico y cruce de caminos entre los territorios del norte y las provincias novohispanas. Durante la estadía del padre Olivares en la misión, a quien se le reconoce haber sido el que dijera la primera misa en Texas, atendió todos los aspectos relacionados con su organización y el plan de atracción de los indígenas, y ofició bautismos, casamientos y funerales entre la población. En esta nueva misión fueron congregados nativos coahuiltecos, karankawas y tonkawas, pertenecientes todos ellos a setenta y nueve tribus diferentes. El fraile muguereño permaneció al frente de la misión hasta el 8 de septiembre de 1720, pasándole el testigo a fray Francisco Hidalgo.<sup>41</sup>

El conjunto formado por la misión, el presidio y la villa evolucionó hasta alcanzar una fisonomía urbana. La misión de San Antonio de Valero era un establecimiento de frontera, cuya función cesaba cuando el proceso de adoctrinamiento de los indígenas terminaba. Su secularización se produjo en 1793. Esta fundación, de gran importancia en la estrategia de control del territorio según el plan diseñado por fray Antonio de Olivares, fue el resultado de un largo proceso de colonización que se inició en el siglo XVI y culminó en el XVIII. Dicho movimiento partió del centro de México hasta la franja septentrional, con el objetivo de preservar las minas de plata y contrarrestar la amenazas y depredaciones de los indios nómadas, así como las incursiones de franceses, anglosajones y rusos; un cúmulo de problemas que supuso un quebradero de cabeza para las autoridades españolas.

40. Espinosa, *op. cit.*, cap. XXII, pp. 449-450.

41. Chipman, *op. cit.*, p. 180.

En Seno de Junio del Año de mill.  
aticulo i nueve in Arriendo Montij Baptea  
codia aqui en que por Nombre Joseph. Baptea  
- Mariana su Muger de Nacion Xarara  
Lo firme en <sup>5<sup>to</sup></sup> día mesiano de  
S. Anto. de Olivares

Partida de bautismo de un infante de madre jarame, con la firma de fray Antonio de San Buenaventura y Olivares. En 5 de junio de 1719. Libro de Bautismos de la Misión de San Antonio de Valero, 1703-1783. Archivo del Arzobispado de San Antonio (Texas).

Las conversiones no eran difíciles, pero sí molestas, sobre todo entre los indios tejas, a los que fray Benito Fernández de Santa Ana consideraba gente rústica e inculta que hacía vida sedentaria. Los indios que finalmente eran reducidos en las misiones se gobernaban a través de cabildos de indios. La de San Antonio de Valero, como los otros establecimientos regentados por los franciscanos de los Colegios Apostólicos de Querétaro y Zacatecas, era autosuficiente y sus habitantes tenían la posibilidad de comerciar con los excedentes que producía. En la construcción de la primitiva misión de San Antonio de Valero en el paraje de San Pedro, fray Antonio de Olivares tuvo la ayuda de tres indios jarames que estaban con él, los cuales hicieron un jacal que le sirvió de vivienda al fraile y una capilla provisional. El misionero puso en práctica sus conocimientos en agricultura y ganadería, dos sectores de vital importancia para garantizar la supervivencia de la misión; impulsó obras de ingeniería como el puente que comunicaba San Antonio de Valero con Béjar, y la primera acequia, cuya longitud alcanzaba las seis millas y discurría dentro y fuera de El Álamo, llegando a

regar más de cuatrocientas hectáreas. El sistema de acequias fue un legado que el padre Olivares dejó en Texas y que otros religiosos mantuvieron y ampliaron con nuevas obras que mejoraron el sistema de regadíos de las misiones. Los edificios estaban dentro de una cerca de empalizadas o muros para su defensa. En su construcción, los indígenas aportaron mano de obra, ayudaron a edificar la iglesia, las casas para los frailes, los obrajes y sus propias habitaciones.

Fray Antonio de Olivares pasó los últimos años de su vida terrenal con el padre Margil, y fue testigo de la fundación realizada por éste de la misión de San José y San Miguel de Aguayo, junto al río San Antonio, que no obtuvo la aprobación del moguereno por encontrarse muy cerca de la misión de San Antonio de Valero. Desde que abandonó su patria chica en 1665 para recalar en la provincia de Nueva Galicia y, finalmente, en el Colegio Apostólico de Propaganda Fide de Querétaro, centro de propagación y expansión misionera en el territorio de Texas, pasando por el hito más destacado como fue la fundación de la misión de San Antonio de Valero (El Álamo) en 1718, hasta su retiro definitivo, a una edad muy avanzada, pues ya era un anciano octogenario, retornaba de nuevo a Querétaro, donde aún pudo asistir a la profesión de jóvenes misioneros, como fue el caso de fray Alonso Giraldo de Terreros, nacido en la villa de Cortegana (Huelva), andaluz, por tanto, como el moguereno. El 7 de junio de 1722, entre las ocho y nueve de la noche, fallecía el padre Olivares, ejemplo de religioso “celoso”<sup>42</sup>, en el mismo Colegio Apostólico de Santa Cruz de Querétaro del que había sido su guardián en dos ocasiones y desde donde habían salido las más importantes expediciones misioneras hacia Texas.

## 5.2. Fray Alonso Giraldo de Terreros

Junto al moguereno, aunque alejado en el tiempo por edad, con una breve coincidencia entre ambos en el Colegio Apostólico de Querétaro, nos encontramos con fray Alonso Giraldo de Terreros<sup>43</sup>, franciscano que desarrolló su

---

42. *Libro en que se asientan los religiosos difuntos de este Santo Colegio y sus Misiones y Provincias* [comprende los Colegios de Querétaro, Zacatecas y San Fernando, en México, y el de Guatemala, años 1689-1776]. ACQ.

43. Juan M. Romero de Terreros Castilla (a), “*San Sabá, misión para los apaches*”. *El Plan Terreros para consolidar la frontera norte de Nueva España*. Lección de ingreso como amigo de número de la RSBAP, leída el 28 de febrero de 2000. Robert S. Weddle, *The San Sabá Mission, Spanish pivot in Texas*. Austin: University of Texas, 1988. Madrid: Delegación en Corte de la Real Sociedad Bascon-

actividad misionera en el Gran Norte Mexicano, vinculado a uno de los proyectos más ambiciosos de los protagonizados por sus hermanos de religión, la fundación en 1757 de la misión para indios apaches en el río San Sabá, en el centro de Texas, y el presidio de San Luis de Las Amarillas, que fue dotado con la mayor guarnición militar hasta entonces conocida en los puestos militares de la frontera. El interés de los misioneros de Santa Cruz de Querétaro y San Fernando de México de establecer misiones para los apaches lipanes venía de atrás; era una vieja idea ya acariciada por fray Francisco Hidalgo, compañero que había sido de fray Antonio de Olivares, aunque materializada años más tarde.

Nuestro protagonista nació en la villa de Cortegana, actual provincia de Huelva, el 19 de junio de 1699. Fueron sus padres Pedro González Giraldo e Isabel de Terreros Ochoa. Los Terreros, oriundos de Vizcaya, se extendieron por Andalucía y muchos de ellos, por lazos de parentesco, emigraron a América. El apellido se remonta a Pedro de Terreros, que había participado en los cuatro viajes colombinos, y que estaba casado con una hija de Gonzalo Fernández Camacho, pariente de la familia Niño. Un nieto de este Pedro de Terreros, llamado Diego, nacido en la villa de Palos hacia 1482, que nunca viajó a las Indias, se casó con Inés de Ochoa, fémina natural de Cortegana. Uno de sus descendientes, Bartolomé Terreros Ochoa, nacido en 1651, también en la villa serrana, fue un militar que se instaló en México. Dos hijos suyos ocuparon puestos destacados en la capital novohispana: Antonio Terreros Ochoa fue oidor de la Real Audiencia y catedrático de la Universidad de México, y José Benítez de Terreros contador mayor del Tribunal de Cuentas. Un sobrino del militar, Juan Vázquez de Terreros, pasó a las Indias en 1708, eligiendo la ciudad de Querétaro como lugar de residencia y donde desarrollaría sus actividades comerciales. Sus sobrinos Francisco y Alonso Romero de Terreros acudieron a su llamada en 1720 para ayudarlo en sus negocios, y Pedro Romero de Terreros, hermano de Francisco<sup>44</sup>, lo haría en 1729. Este último, primo hermano de fray

---

gada de los Amigos del País, 2000. *The San Sabá Papers: A documentary account of the founding and destruction of San Sabá Mission*. Translated by Paul D. Nathan, edited, with an introduction, by Lesley Byrd Simpson, new foreword by Robert S. Weddle. Dallas: Southern Methodist University Press, 2000. Juan M. Romero de Terreros (b), *Fray Alonso Giraldo de Terreros: el apóstol de los apaches*. Huelva: Diputación Provincial, 2020.

44. Francisco Romero de Terreros envió una considerable cantidad de plata para la parroquia y la ermita del castillo de Cortegana en 1730.

Alonso Giraldo de Terreros, mantuvo una relación muy estrecha con el religioso y el plan misionero de la Apachería.

En Querétaro se hallaban instalados varios miembros de la familia Terreros; algunos de ellos, como fue el caso de Alonso, optaron por la vida religiosa: Francisco Romero de Terreros, ahijado de Juan Vázquez de Terreros, hermano de su madre Ana, quien después de ayudar a su tío en sus negocios algún tiempo, decidió profesar en el Colegio Apostólico de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro. A igual que él, otro pariente lo había hecho antes en el mismo colegio a la edad de veinte años; se trata de Francisco Díaz de Guzmán, que había viajado a las Indias hacia 1718, el mismo año que tuvo lugar la fundación de la misión de San Antonio de Valero (El Álamo) por fray Antonio de Olivares, y cuya progenitora era hermana de Juan Vázquez, hombre rico que logró notable protagonismo en la vida social y política de la ciudad, quien al no tener hijos varones, reclamó a parientes directos que residían en Cortegana para sumarlos a sus actividades mercantiles. Fray Francisco de Jesús María Díaz fue recibido como novicio en el colegio de Querétaro el 24 de octubre de 1713. Fue el albacea de su tío Juan Vázquez y responsable de la plata que había destinado para el culto de las iglesias de Cortegana, así como de los fondos para una capellanía en honor de la patrona de su villa natal y el legado que tendría como receptora a su familia.

Un hijo de Antonio Terreros Ochoa, oidor de la Audiencia de México, José Terreros, profesó en el mes de mayo de 1733, también en el Colegio Apostólico de Querétaro. La devoción y cercanía que la familia Terreros mantuvo con la orden franciscana, implicó igualmente a algunas de sus mujeres: María Luisa y Ana María, hijas de Juan Vázquez de Terreros, ingresaron en el convento de Santa Clara de Querétaro en 1729 y 1736. Años más tarde, en 1782, lo haría Gertrudis Terreros, hija de José García Terreros, pariente y colaborador de Pedro Romero de Terreros. De esta religiosa era hermano fray Juan Terreros, que residió en el convento de San Francisco de Querétaro, la misma ciudad donde se estableció el grueso de la familia Terreros y comenzó el periplo de nuestro protagonista.

El joven Alonso Giraldo de Terreros, que había acudido junto con su primo hermano Francisco a la llamada de su tío Juan Vázquez de Terreros, para que le ayudasen en el establecimiento mercantil que poseía en Querétaro, pronto se sintió atraído por la vida religiosa, y como ya habían hecho algunos parientes

suyos, decidió ingresar en la orden de San Francisco. El 14 de julio de 1721, a la edad de veintiún años, profesó en el Colegio Apostólico de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro, donde coincidiría con el mogueño fray Antonio de Olivares, un octogenario ya retirado, de quien obtendría de primera mano amplia y rica información de las misiones en Texas. Durante su noviciado de cinco años siguió el currículo formativo para los futuros misioneros de los Colegios de Propaganda Fide, cursando estudios generales y teología.<sup>45</sup> El aprendizaje duraría como mínimo ocho años, tiempo suficiente para salir bragado hacia su nuevo destino. La actividad misionera de fray Alonso Giraldo se inició en 1728, culminando con su trágica muerte en 1758.

Desde Querétaro, el recién estrenado misionero partió para las provincias norteñas de Coahuila y Texas, donde estuvo desempeñando su labor apostólica más de treinta años. Hacia 1729, inició su periplo en la misión de Nuestra Señora de la Concepción, junto al presidio de San Francisco de los Tejas. Eran momentos difíciles respecto a la conservación de las misiones del este, cuya propuesta de abandono por parte del brigadier Pedro de Ribera no fue aceptada por los franciscanos, los cuales elevaron un escrito de protesta al virrey. Las causas del deterioro de algunas de las misiones obedecían casi siempre a los mismos parámetros: ausencia de víveres suficientes para el mantenimiento de sus habitantes, lluvias que arruinaban las plantaciones de maíz, la indiferencia e incomprensión de los nativos y la inacción de los religiosos ante los robos de ganado y las revueltas indígenas. Una situación nada nueva, pues eran los mismos problemas del pasado; de ahí la necesidad de optar por mejores ubicaciones para las futuras misiones y contar con guarniciones militares para defenderlas. Esa fue la opinión esgrimida por fray Antonio de Olivares cuando hacia 1700 abordó con las autoridades de manera exitosa la defensa de las misiones del río Grande: San Juan Bautista, San Francisco Solano y Nuestra Señora de los Dolores.<sup>46</sup>

Fray Alonso Giraldo retornó a los establecimientos del río San Marcos, y desde este punto se encaminó a las misiones del río San Antonio, donde permaneció algunos meses. Entre 1731 y 1734, lo encontramos en el río Grande, en la misión de San Juan Bautista, y, con toda probabilidad, en la de San

---

45. Juan M. Romero de Terreros (b). *Fray Alonso Giraldo de Terreros: el apóstol de los apaches*. Huelva: Diputación Provincial, 2020, p. 143.

46. *Ibidem*, p. 225.

Bernardo. Llegó a ser, después, presidente de las misiones de esa circunscripción. Según los datos aportados por J.M. Romero de Terreros, quien se apoya en Weddle y otros historiadores, fray Alonso estuvo trabajando con indios coahuiltecos hasta 1752, salvo el intervalo del trienio (1745-1748) que fue guardián del Colegio de Santa Cruz de Querétaro. Como apunta el mencionado historiador, al que seguimos, los misioneros no permanecían mucho tiempo en un mismo destino; solían cambiar cada diez años, siguiendo las pautas de la Ley del decenio, costumbre muy arraigada en las órdenes religiosas.

Coincidiendo con la guardianía del padre Giraldo, se fundaron tres nuevas misiones en el río San Xavier (1746-1748) para tribus de nación tonkagua, según el proyecto defendido por fray Mariano de los Dolores. Los problemas acaecidos a los pocos años con la conducta inmoral de los militares y la actitud poco fiable de los indígenas hicieron fracasar estas misiones, cuya disolución en 1756 recomendó el traslado del personal misionero y militar, además de enseres y objetos de culto al río San Sabá, a las nuevas misiones para los apaches. En febrero de 1752, el padre Terreros había sido nombrado presidente de las misiones de San Antonio y San Xavier, en sustitución de fray Mariano de los Dolores, relevo que no llegó a producirse, circunstancia que puso en evidencia la profunda enemistad entre ambos religiosos, cuyos intereses y planes para los apaches eran incompatibles. No obstante, fray Juan Fernández en una carta elogiosa que dirigió al corteganés, se refiere a éste como: “*Benévolo iris de paz que con su prudencia y discreción, serenará la deshecha tempestad que ha puesto en tanta consternación*”<sup>47</sup>, reflexión que ahonda en la situación que se vivía entonces en las dos misiones mencionadas y los planes para seguir avanzando en los futuros establecimientos que aún estaban casi en ciernes.

Bajo la presidencia del padre Terreros de las misiones del río Grande, fue fundada en 1754 la misión de San Lorenzo, en Coahuila, para acoger a los indios apaches de la zona. Este establecimiento, el primero en la Gran Apachería, llegó a congregarse ochenta y tres indígenas. Esta experiencia terminó mal al incendiar los indios la misión, hecho que aceleró el abandono del lugar el 4 de octubre de 1755. Aunque la misión de San Lorenzo tuvo una vida muy corta, le sirvió al padre Terreros como preparación y aliciente para acometer la conversión de los apaches en San Sabá. El objetivo principal de los misioneros era cris-

---

47. *Ibíd.*, p. 234.

tianizar a los indios y también enseñarles las costumbres y hábitos de los españoles para que abandonaran su estado salvaje y ayudaran en la defensa del vasto territorio. En definitiva –como apostilla Weddle– la misión era mucho más que una iglesia.<sup>48</sup> Los franciscanos ya habían intentado predicar con anterioridad en territorio apache, pero sin éxito. Hay que recordar, que la fundación de las misiones para los apaches se demoró debido a otras prioridades, como el poblamiento de la provincia de Nuevo Santander y la consolidación del plan para el río San Xavier donde se pretendía agrupar a indios tonkawas y caddos.

Tras estos últimos acontecimientos, fray Alonso Giraldo se empleó a fondo en el plan del río San Sabá para los indios apaches, cuya resolución del virrey, marqués de las Amarillas, estaba cerca, y cuya financiación correría por cuenta de un acaudalado primo del religioso, Pedro Romero de Terreros. Se trataba de un proyecto fronterizo audaz, política y militarmente deseable para salvaguardar el territorio de las injerencias de franceses e ingleses, y propiciar cierta estabilidad contra las veleidades de los apaches y otros grupos nativos. Visto así, el éxito no estaría aún asegurado. Los ataques de los apaches se habían iniciado en San Antonio en 1720, y, aunque tuvo su respuesta punitiva, continuaron en los años sucesivos, siendo el más grave el perpetrado al presidio de San Antonio de Béjar en 1745. Los apaches eran las tribus más peligrosas que merodeaban en torno a los establecimientos españoles; eran nómadas y cazadores, y se extendían desde el río Gila, en Nuevo México, hasta el sur del río Colorado, en el centro de Texas. Desde comienzos del siglo XVIII, las relaciones que mantuvieron con los españoles fueron hostiles, a excepción de breves intervalos de tolerancia y paz. En 1749, la Corona y los apaches lipanes firmaron un acuerdo de paz con ciertas garantías. Dicha demostración de amistad ponía a los españoles en la tesitura de si “el dilema era elegir entre la paz con los apaches o con las tribus del norte.”<sup>49</sup> A partir de este acto, las misiones para los apaches serían un asunto prioritario para el gobierno, los religiosos y los militares.

En 1750, se produjo el relevo de fray Benito Fernández de Santa Ana al frente de las misiones de San Antonio, siendo sustituido por fray Mariano de los Dolores, quien seguía defendiendo su plan de instalar las misiones para los apaches en el río Guadalupe, contrario a la opción de hacerlo en el río Pederuales que había presentado su predecesor, pero no llegó a materializarse, pues,

48. Weddle, *op. cit.*, pp. 40-42.

49. Romero de Terreros (b), *op. cit.*, pp. 245-247.

como es sabido, el plan de San Sabá fue finalmente el que se llevó a cabo con el decidido apoyo del padre Alonso Giraldo de Terreros, quien tuvo más de una desavenencia con su correligionario Mariano de los Dolores a cuenta de la financiación que aportaría Pedro Romero de Terreros para que el plan de San Sabá incluyera también la misión de Guadalupe, extremo que no aceptó con el argumento de que estaba fuera del ámbito de las nuevas misiones. Su negativa ofendió a fray Mariano, quien no le perdonaría, mostrándose en adelante muy resentido, actitud comprensible hasta cierto punto, pues durante más de quince años había estado trabajando para establecer misiones para los apaches y, sobre todo, porque se sentía desplazado por el padre Terreros, quien había sido elegido para liderar el plan de San Sabá. El desencuentro entre ambos religiosos haría que el proyecto empezara mal.<sup>50</sup>

Con el fin de inspeccionar el sitio donde se pretendía instalar la misión para los apaches en el río San Sabá, Juan Galván, teniente del presidio de San Antonio, en abril de 1752, realizó una expedición al norte comprobando que dicho emplazamiento era apto. En septiembre de 1754, Pedro de Rábaga y Terán, gobernador de Coahuila, que había sido nombrado capitán del presidio de San Xavier, también estuvo en San Sabá, quedando abierta una nueva ruta sin tener que pasar por San Antonio. El resultado de esta última expedición quedó plasmado en un informe sobre la conveniencia de consolidar los establecimientos españoles desde donde poder contener la presión de los indios comanches y sus aliados.

Fray Alonso Giraldo de Terreros se empleó a fondo en el plan de San Sabá para los apaches, a pesar de las discusiones adversas de algunos de sus compañeros de religión, como el padre Mariano de los Dolores, e incluso el capitán Diego Ortiz Parrilla, responsable militar de la expedición, a quien acusó de ralentizar la salida de los misioneros y el contingente para el río de San Sabá, teniendo que esperar más tiempo del debido en San Antonio. Este plan, que por conveniente no dejaba de ser arriesgado, recibió el apoyo y la financiación de Pedro Romero de Terreros<sup>51</sup>, primo hermano del religioso, con quien mantenía

---

50. Weddle, *op. cit.*, pp. 44-45.

51. Pedro Romero de Terreros nació en Cortegana (Huelva) el 10 de junio de 1710. Hijo de José Romero Felipe Vázquez y de Ana Terreros Ochoa. Era primo hermano de fray Alonso Giraldo de Terreros (su madre y la de Romero eran hermanas). Viajó a México hacia 1729, instalándose en la ciudad de Querétaro donde se hizo cargo de la empresa comercial de su tío Juan Vázquez de Terreros. Llegó a ser un acaudalado propietario de minas de plata de Real del Monte, destacando la Veta Vizcaína.

un vínculo muy estrecho. Hacia 1756, cuando se ultimaban los detalles de dicho plan, Romero de Terreros no era aún el hombre tan rico y potentado que llegó a ser más tarde. Este propietario de minas hipotecó sus bienes para hacer frente al coste de las nuevas misiones durante tres años ampliables que se proyectaban en el este de Texas. Al contrario de otras expediciones financiadas por la Corona, la de las misiones para los apaches se gestó con capital privado, siendo ésta una de las peculiaridades. El montante estimado alcanzó los 22.000 pesos. El virrey aprobó tres misiones, pero finalmente se erigiría sólo una por la poca colaboración de los apaches. La dirección del plan recayó en fray Alonso Giraldo de Terreros, quien gozaría de amplios poderes como presidente, siendo competente en la gestión de la misión, la libre elección de los mejores misioneros, con capacidad para proponer la creación de nuevas misiones entre el río Grande y San Sabá. Los fundadores de la nueva misión para los apaches serían los Colegios Apostólicos de Santa Cruz de Querétaro, centro para la planificación misionera en el norte de Coahuila y Texas, y San Fernando de México. Pedro Romero de Terreros se comprometía a seguir financiando dicho plan en caso de que su primo fray Alonso falleciera. El responsable del presidio sería el capitán Diego Ortiz de Parrilla, quien se encargaría de los soldados, el ganado y la intendencia de dicho contingente. El proyecto de San Sabá para los apaches fue aprobado por el virrey el 20 de agosto de 1756. Sin duda era un proyecto de frontera audaz, además de política y militarmente interesante.

Durante la prolongada espera en San Antonio, recibieron la visita de varios jefes de los apaches con quienes trataron sobre las nuevas misiones, los cuales mostraron un dudoso interés por agruparse, lo que no convenció a Parrilla,

---

Poseía su casa palacio en la capital novohispana y numerosas propiedades. Ejerció como mecenas en varios frentes: expedición misionera al río San Sabá; donaciones a los Colegios Apostólicos de Querétaro, San Fernando de México y San Francisco de Pachuca; colaboró en la reconstrucción de la iglesia de la Asunción y en la nueva planta de la casa rectoral de Real del Monte (1762); distinguido con el hábito de caballero de la Orden de Calatrava y el condado de Regla (1768); fundó el Monte de Piedad de México (1774); apoyó económicamente la expedición de Penzacola, aportando el navío “Nuestra Señora de Regla” para la Armada Real (1780). Falleció el 27 de septiembre de 1781, siendo enterrado en San Francisco de Pachuca. Su patrimonio alcanzó los 5 millones de pesos (unos 2000 millones de pesetas de los noventa). Francisco Canterla y Martín de Tovar, *Vida y obra del primer conde de Regla*. Sevilla: C.S.I.C.-Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1975. Juan M. Romero de Terreros, *Pedro Romero de Terreros: Los primeros años del futuro conde de Regla (1710-1752). De la villa andaluza de Cortegana a las ciudades de Querétaro y Pachuca en el México virreinal*. Sevilla: Ayuntamiento de Cortegana; Diputación Provincial de Huelva; Padilla Libros Editores, 2017.

quien creyó que estaban más interesados en los regalos. No les inspiraba confianza, pues para él seguían siendo traicioneros como siempre. Lo que demuestra que estaba muy preocupado por los resultados, y es posible que esa fuera la causa de la demora del inicio de la jornada. La misma desconfianza hacia los apaches le fue manifestada a Pedro Romero de Terreros. En tales circunstancias, la indecisión y la confusión corrompieron la relación entre los militares y los misioneros. El padre Terreros se sintió maltratado por Parrilla, a quien acusó de hacer fracasar el plan de San Sabá. En este maremágnum, el militar ordenó el traslado del ganado al río San Marcos con el pretexto de que era un lugar más adecuado para pastar los animales, donde permanecería hasta la salida del grupo hacia San Sabá. El desánimo se palpaba en el aire. Fray Alonso se sentía decepcionado por la actitud poco colaboradora de Parrilla y fray Mariano de los Dolores. Después de mucho insistir, y de cruces de cartas e improperios, las aguas se calmaron y la expedición misionera inició la marcha hacia el río San Sabá. En realidad, este proyecto pretendía conocer mejor y, a ser posible, controlar la compleja realidad indígena de un territorio extremadamente complicado con el objetivo de posibilitar una eficaz y consolidada presencia española en la frontera norte de Coahuila y Texas.<sup>52</sup>

El grupo de misioneros liderado por el padre Terreros, lo integraba fray Joaquín de Baños y fray Diego Ximénez, los tres del Colegio Apostólico de Querétaro, fray José de Santisteban y fray Juan Andrés, pertenecientes al Colegio de San Fernando de México. En San Antonio se unieron además fray Francisco de la Santísima Trinidad y fray Benito Varela. La llegada al río San Sabá se produjo el 17 de abril de 1757. Los religiosos quedaron decepcionados al no encontrar indios apaches en el lugar elegido para instalar la misión. Dicha instalación fue emplazada, después de mucho debate, separada del presidio a una legua y media (6,269 Km), el cual se encontraba en la margen contraria, lo que suponía, además de la distancia, un riesgo seguro para la defensa de la misión y sus habitantes. El padre Arricivita, cronista de la orden, y buen conocedor de todo lo que pasó en San Sabá, describe este momento:

“El P. Fr. Alonso Girarlo (sic) había fabricado un competente, aunque rústico xacal, para que supliera de Iglesia, y otras varias piezas para los misioneros, guardar

---

52. Romero de Terreros (b), *op. cit.*, p. 251.

los avíos, y quartel de los soldados, formando todo un buen patio cuadrado, y cercado de fuerte estacada, con solo una puerta; pero toda esta prudente prevención se frustró por una increíble desidia.”<sup>53</sup>

El 21 de mayo se presentaron unos 3000 apaches guerreros, acompañados de sus familias, pero sin ánimo de quedarse en la misión, con la excusa de que iban a la caza del búfalo para abastecerse de carne y hacer la guerra a sus enemigos los comanches, pero prometieron que una vez finalizadas ambas tareas regresarían para asentarse. Parrilla convocó a los misioneros y a los jefes nativos, Chiquito y Casaca Blanca, en su tienda para persuadirles de que se establecieran en la misión, y les recordó el compromiso de amistad y buena relación entre los españoles y los indios que se habían congregado en las antiguas misiones de San Antonio y el río Grande del Norte, así como los favores que recibieron todos ellos, al objeto de que recapacitaran y valoraran los beneficios que les reportaría la reducción. En un informe emitido a requerimiento de Parrilla el 4 de junio, fray Diego Ximénez dijo haber percibido que los indios no querían congregarse, según palabra que habían dado al padre Mariano de los Dolores, y que en el pasado habían recibido muchos agravios de los comanches, y por ese motivo deseaban la misión; no obstante, como se ha puesto de manifiesto, dilataron dicho compromiso con pretextos, pues “parece que dan a entender poco afecto a [la] reducción”.<sup>54</sup> A pesar de la insistencia del militar Parrilla y de los misioneros, especialmente la del padre Terreros, los intentos de reunir en “pueblo” a los apaches en San Sabá no dejaba de ser una quimera.<sup>55</sup>

El padre Giraldo seguía en sus treces, con altibajos en su estado de ánimo, pues nada de lo que había planificado, con el apoyo financiero de su primo Pedro Romero de Terreros, para la única misión que logró establecer en el río San Sabá, estaba saliendo. La actitud de Parrilla, a quien acusaba de los retrasos y de hacer fracasar el plan para perjudicarlo y desacreditar a su primo, le inquietaba.

---

53. Juan Domingo Arricivita (OFM), *Chronica Seraphica y Apostólica del Colegio de Propaganda Fide de Santa Cruz de Querétaro en Nueva España*. México, 1792, cap. IX, p. 375.

54. Certificación hecha por fray Diego Ximénez sobre los pasos dados para persuadir a los apaches para que se establecieran en una misión pueblo. <https://scholarworks.sfasu.edu/ita/vol2007/iss1/11>: Mariah F. Wade, et al., “Spanish colonial documents pertaining to Mission Santa Cruz de San Sabá (41MN23), Menard County, Texas”, en *Index of Texas Archaeology: Open Acces Gary Literature from the Lone Star State*, vol. 2007, art. 11, doc. N.7, pp. 83-95.

55. Terreros (a), *op. cit.*, p. 79.

Lo refiere en varias cartas, llegando incluso a insinuar su posible abandono, lo que incumplió para no desmoralizar a los otros misioneros. De ahí la contundente frase. “Todo el infierno se me ha conjurado.”<sup>56</sup> Más adelante, la relación entre Parrilla y el religioso parece que mejoró, lo que facilitó la evolución de los trabajos en la misión y el presidio. La misión se vio afectada en su numerario, pues fray Benito Varela, fray Joaquín Baños y fray Diego Ximénez regresaron a Querétaro. El 11 de febrero de 1758, llegaría a San Sabá fray Miguel de Molina, quien junto con el padre presidente Terreros y fray José de Santisteban, serían los únicos que quedaban cuando se produjo el asalto y la destrucción de la misión.

Acontecimientos previos al luctuoso suceso, como los robos de caballos por los nativos norteños y el asalto de éstos a una escolta militar de un tren de abastecimiento procedente de San Antonio el 25 de febrero y el 2 de marzo, pusieron en alerta a la guarnición del capitán Parrilla, quien en reiteradas ocasiones avisó al padre Terreros, alertándolo de las posibles consecuencias que la cercanía de un numeroso grupo de guerreros comanches que merodeaban por la zona, tendría para las vidas de sus habitantes y el futuro de la misión para los apaches. Le insistió que se refugiara con los suyos en el presidio, donde sería más fácil garantizarles protección, pero no accedió con el argumento de que estaban seguros en la misión. Los comanches, enemigos declarados de los apaches, se habían aliado con los indios tejas y otras tribus del norte, como los wichitas y taovayas, entre otros. El objetivo de éstos era destruir la misión y expulsar a los españoles del territorio.

El 16 de marzo de 1758, fecha que quedaría grabada en los anales de la historia de la efímera misión para los apaches del río San Sabá, unos 2000 indios guerreros, la mitad de ellos armados con mosquetes y otros a caballo, cruzaron el río. Eran indios taovayas, de nación wichita, iscanis, tejas, nasones, quitcheis, bidais, mayeyes, comanches, caddos, orcoquisas, y algunos apaches renegados.<sup>57</sup> Los padres Terreros y Molina procuraron no perder la calma y trataron de dialogar con estos indios norteños para disminuir la tensión, pero todo fue el balde. En el interín, José Gutiérrez logró salir de la misión y se dirigió al presidio para avisar de lo que estaba ocurriendo, y a las pocas horas una patrulla de ocho soldados al mando del sargento José Antonio Flores salieron para la mi-

---

56. Carta de fray Alonso Giraldo a su primo Pedro Romero de Terreros, 29 de junio de 1757. Mencionada en Romero de Terreros (a), *op. cit.*, p. 80.

57. Terreros (a), *op. cit.*, p. 91.

sión, pero regresaron al comprobar la imposibilidad de combatir a la numerosa indiada. La situación no hizo más que empeorar y la hostilidad de los indios iba en aumento, sobre todo la del jefe de ellos, que vestía una casaca y portaba una bandera borbónica francesa, evidencia que demostraría su relación con los franceses. La destrucción y el saqueo de la misión se produjo en el intervalo de las 10:30 y las 11:00 horas. Entre el griterío y la caótica situación, fray Alonso Giraldo de Terreros fue abatido de un disparo cuando se disponía a subir a una cabalgadura, y, ya en el suelo, fue lanceado y despojado de sus vestiduras. El padre Santisteban, que decidió refugiarse en el almacén de ropa, fue descubierto y degollado. La veintena de personas que se habían refugiado en la iglesia lograron huir al presidio, entre ellas fray Miguel Molina, cuyo testimonio de lo ocurrido en la misión de San Sabá es el más fidedigno de los que se dieron con posterioridad.<sup>58</sup> El padre Arricivita narraría ese momento con tremendo dramatismo:

“el día diez y seis de Marzo había celebrado á la aurora el P. Fr. Alonso Giraldo el sacrosanto sacrificio de la misa, y al salir el sol estaban los enemigos tan cerca, que se oyó á poca distancia, y en el vado del río, una descarga de fusiles y gritería de indios, que á manera de salva, y con bandera de paz, fueron cercando toda la Misión; [...] ellos ayudaron á ensillar el caballo, y montando en él, al salir por la puerta le dispararon un fusil, con tal golpe, que dando un quexido, cayó de él muerto; con esta señal se rompió la generala, y disparando otros muchos cayeron muertos tres soldados.”<sup>59</sup>

Fray Junípero Serra, en una carta que escribió a un sobrino suyo, religioso capuchino, le da cuenta de su inminente traslado a San Sabá, y de la masacre que allí acaeció a sus compañeros correligionarios:

“Para donde voy es San Sabá (nombre recién puesto a aquella tierra) y la nación se llama de los apaches, aunque hay otras innumerables confinantes de gentiles.

---

58. Declaración de fray Miguel Molina realizada a requerimiento del coronel Diego Ortiz Parrilla, días después de la destrucción de la misión de San Sabá. Traducción inglesa del original en castellano por Paul D. Nathan. En *The San Sabá Papers: a documentary account of the founding and destruction of San Sabá Mission*. Dallas, Texas: Southern Methodist University Press, 2000. Doc. N.30, pp. 84-92.

59. Arricivita, *op. cit.*, segunda parte, cap. IX, pp. 376-377.

Fueron el año pasado y se mantenían al presente tres religiosos de nuestro Apostólico Instituto, llamados fray Alonso Giraldo de Terreros, el Padre Fray Joseph de Santisteban y el P. Fr. Miguel Molina, el primero del Colegio de la *Santa Cruz* de Querétaro, fundado por el V. P. Linaz, y los otros dos de este de San Fernando, ambos mis compañeros y venidos de España en la misma Misión en que yo vine; y estando los tres juntos día diez y seis de marzo de este año, al amanecer les cayó encima una gran tropa de infieles comanches y otras naciones, quienes llegaron al convento o pobre tugurio donde habitaban los religiosos, se les vendieron por amigos y que venían de paz y para que los hicieran cristianos mientras con esta fingida simulación se aseguraron de lo indefensos que se hallaban; y así que en ello estuvieron asegurados, arremetiendo primero contra el R. P. Presidente Terreros le dieron un fusilazo y después le cortaron la cabeza, desollaron, etc. Después fueron al R. P. Santisteban, que hincado de rodillas rogaba con un divino crucifijo en la mano para su alma y por sus perseguidores, le hirieron con lanzas, le cortaron la cabeza, lo desnudaron y recortaron, etc. Y en fin, al R. P. Molina le dieron un balazo; y con la confusión, no bien se sabe cómo quedó vivo y vive hoy y está recién traído a este Colegio en donde le están curando y es, con tres de los pocos seculares cristianos que escaparon, abonado testigo en el suceso”.<sup>60</sup>

La misión de San Sabá contaba en el momento del asalto con unas 30 personas, y entre los fallecidos, además de los dos religiosos queretanos, los soldados Ayala, José García, Enrique Gutiérrez y su padre José Antonio Gutiérrez, Joaquín García y Luis Chirino. Había dudas sobre la inoperancia de Parrilla; no obstante, el militar se defendió de las habladurías y acusaciones que se divulgaban, exculpándose ante eventuales reclamaciones de responsabilidad por la destrucción y las pérdidas de vidas. A pesar de lo ocurrido, el virrey no cambió de parecer sobre las posibilidades que el plan para los apaches en el río San Sabá tendría para la sostenibilidad y seguridad del septentrion novohispano, relanzándola con nuevos misioneros: fray Francisco Aparicio y fray Pedro de Porras, del Colegio de Querétaro; fray Francisco Palou y fray Junípero Serra, ambos del Colegio de San Fernando de México. Pedro Romero de Terreros, su sostenedor financiero siguió apoyándola, pero se desvinculó al no haber sido consultado sobre la elección de los misioneros escogidos. Pronto llegarían las represen-

---

60. Carta autógrafa de fray Junípero Serra, México, 29 de septiembre de 1758. AGI, México, 2252.

lias contra los comanches, y hasta 1769 el presidio de San Luis de las Amarillas continuó activo por razones estratégicas, cuyo objetivo prioritario era servir de barrera militar para mantener la paz en Coahuila y Nuevo Santander. Como acertadamente sugiere el historiador Romero de Terreros, el plan que había sido concebido para los apaches tenía un condicionamiento militar y político.<sup>61</sup>

La misión de San Sabá, antes y después de su destrucción, produjo abundante documentación entre las partes implicadas y una extensa bibliografía, sobre todo en los estados Unidos. Testimonios que emanan de las fuentes primigenias y crónicas contemporáneas a los sucesos que se relatan, destacando la información facilitada el 24 de marzo de 1758 por fray Miguel Molina, testigo directo del asalto y destrucción de la misión; la carta que fray Junípero Serra envió a un sobrino suyo religioso capuchino, de fecha 29 de mayo de 1758; el poema “La Relación”, de fray Manuel Arroyo, difundido con finalidad propagandística; la *Chronica Apostólica y Seraphica de todos los Colegios de Propaganda Fide de esta Nueva España*, de fray Isidro Félix Espinosa (México, 1746-1792); la *Crónica Seraphica y Apostólica del Colegio de Propaganda Fide de Santa Cruz de Querétaro en Nueva España*, de fray Juan Domingo Arricivita (México, 1792); la obra de fray Juan Agustín Morfi *Historia de Texas, 1736-1779*, en una edición traducida por C.E. Castañeda (Albuquerque, 1935), y, finalmente, la colección *Documentos para la Historia Eclesiástica y Civil de la Provincia de Texas*, cuyo original se custodia en la biblioteca del Ministerio de Hacienda, en Madrid.

Respecto al matiz hagiográfico que fue adquiriendo la masacre de la misión de San Sabá, existe una pintura que representa el momento del asalto, la destrucción y los asesinatos de los padres apostólicos Giraldo de Terreros y Santisteban. El relato de esta pintura, en la que aparecen retratados los dos religiosos, acompañados de sus respectivas biografías, se corresponde con el testimonio aportado por fray Miguel Molina. En ella se exalta la tarea evangelizadora con intención ejemplarizante. Fue realizada por encargo del Colegio de Propaganda Fide de San Fernando de México hacia 1759, siendo financiada casi seguro por Pedro Romero de Terreros, sostenedor y gran devoto de la causa. Se trata de un lienzo pintado al óleo atribuido a José de Páez (1727-1788). En la actualidad se encuentra en el Museo Nacional de Arte de México, D.F. Esta pintu-

---

61. Romero de Terreros (a), *op. cit.*, p. 106.



La masacre de la Misión de San Sabá. Museo Nacional de Arte, Ciudad de México.

ra posee todos los ingredientes de una gran historia, tal como se refleja en las distintas escenas. Estamos, pues, ante una representación canónica basada en hechos reales, la primera de la Historia de Texas. Tal como reconoce Weddle, la historia de la misión de San Sabá “es la historia de la perfidia de los apaches y la ingenuidad de los españoles, y las consecuencias desastrosas de ambas”.<sup>62</sup>

## 6. Conclusiones

El territorio que hoy conforma el estado de Texas, donde fueron implantadas misiones regentadas por los franciscanos de los Colegios Apostólicos de la Santa Cruz de Querétaro y San Francisco de México, en un espacio tan vasto como complejo que condicionó la frontera del Gran Norte Mexicano durante buena

62. Weddle, *op. cit.*, p. 53.

parte del siglo XVII y a lo largo de la centuria siguiente, ha sido especialmente tratado por cronistas e historiadores con ayuda de evidencias, algunas veces silenciadas o arrinconadas en beneficio de la prosapia anglosajona cuando las Provincias Internas, con Texas como epicentro, dejó de ser española y después parte integrante de la República Mexicana, que la mantuvo hasta que se la anexionó los Estados Unidos de América.

Los misioneros de ambos Colegios Apostólicos, como auténticos “agentes” de la Corona, llevaron a cabo un trabajo ímprobo de evangelización, reclutamiento y congregación de indígenas de distintas naciones (coahuiltecos, apaches, tejas, comanches y otros aliados o enemigos), en un escenario bastante enrarecido e inestable en la frontera novohispana. Si ya de por sí la actitud desafiante de los grupos más belicosos contra la presencia española era un grave problema que requería solución inmediata, la presión de Francia, y también de Inglaterra, sobre el este del territorio y en la costa, donde ejercían un cierto control, suponía un gran desafío para las autoridades del virreinato de Nueva España, empeñadas en asegurar mediante la instalación de nuevas misiones, presidios para los militares y establecimientos civiles, no dejaba de ser un problema que afectaba a los intereses españoles en la zona.

En este contexto, y tras varias expediciones de inspección al río Grande del Norte, el este de Texas hasta los Adaes, la costa y el septentrión novohispano, surgieron nuevas misiones destinadas a congregar a las tribus nómadas, aunque no siempre con éxito. Algunas de ellas tuvieron una vida bastante inestable, cambiaron de sitio o desaparecieron. La fundación de la misión de San Antonio de Valero (1718) por el magueño fray Antonio de Olivares fue concebida como aglutinadora en un cruce de caminos, entre la casa madre de Querétaro y las misiones del este. Esta misión, junto con el presidio y la villa, fue de las pocas que perduró convirtiéndose en un centro de abastecimiento y punto estratégico desde donde partirían muchos religiosos y militares hacia las nuevas fundaciones, como fue el caso del grupo de San Sabá, liderado por fray Alonso Giraldo de Terreros, de quien tenemos una amplia información debido a su trágico final.

Si de San Antonio de Valero se conserva la mítica iglesia de El Álamo y otros vestigios arqueológicos singulares, además de las otras cuatro misiones que fueron fundadas en el río San Antonio, no podemos decir lo mismo de la misión de San Sabá, ya que fue totalmente arrasada y destruida en marzo de 1758.

Sólo han quedado en pie algunos muros del presidio en sus inmediaciones, hoy parque arqueológico protegido, situado en el área del municipio de Menard (Texas). En la década de los noventa se dio a conocer los resultados de las excavaciones que hicieron aflorar muchos artefactos de la época de la fundación de la misión de San Sabá, localizándose el lugar exacto que ocupó dicho establecimiento misionero.<sup>63</sup>

Con esta aportación, he pretendido destacar la importancia que han tenido en la historia de Texas los franciscanos Antonio de Olivares, de Moguer, y fray Alonso Giraldo de Terreros, de Cortegana, ambos misioneros procedentes del Colegio Apostólico de Propaganda Fide de Santa Cruz de Querétaro (México). Siento que el tiempo les ha hecho justicia, pues no han padecido la *damnatio memoriae*, a pesar de los intentos de ciertas corrientes historicistas norteamericanas por minimizar la importancia del periodo español en la construcción de muchos de los estados que hoy conforman los Estados Unidos de América.

---

63. V. Kay Hindes, et al., *The Rediscovery of Santa Cruz de San Sabá, a Mission for the Apache in Spanish Texas*. [Lubbock, Texas]: Texas Historical Foundation; Texas Tech University, 1995.